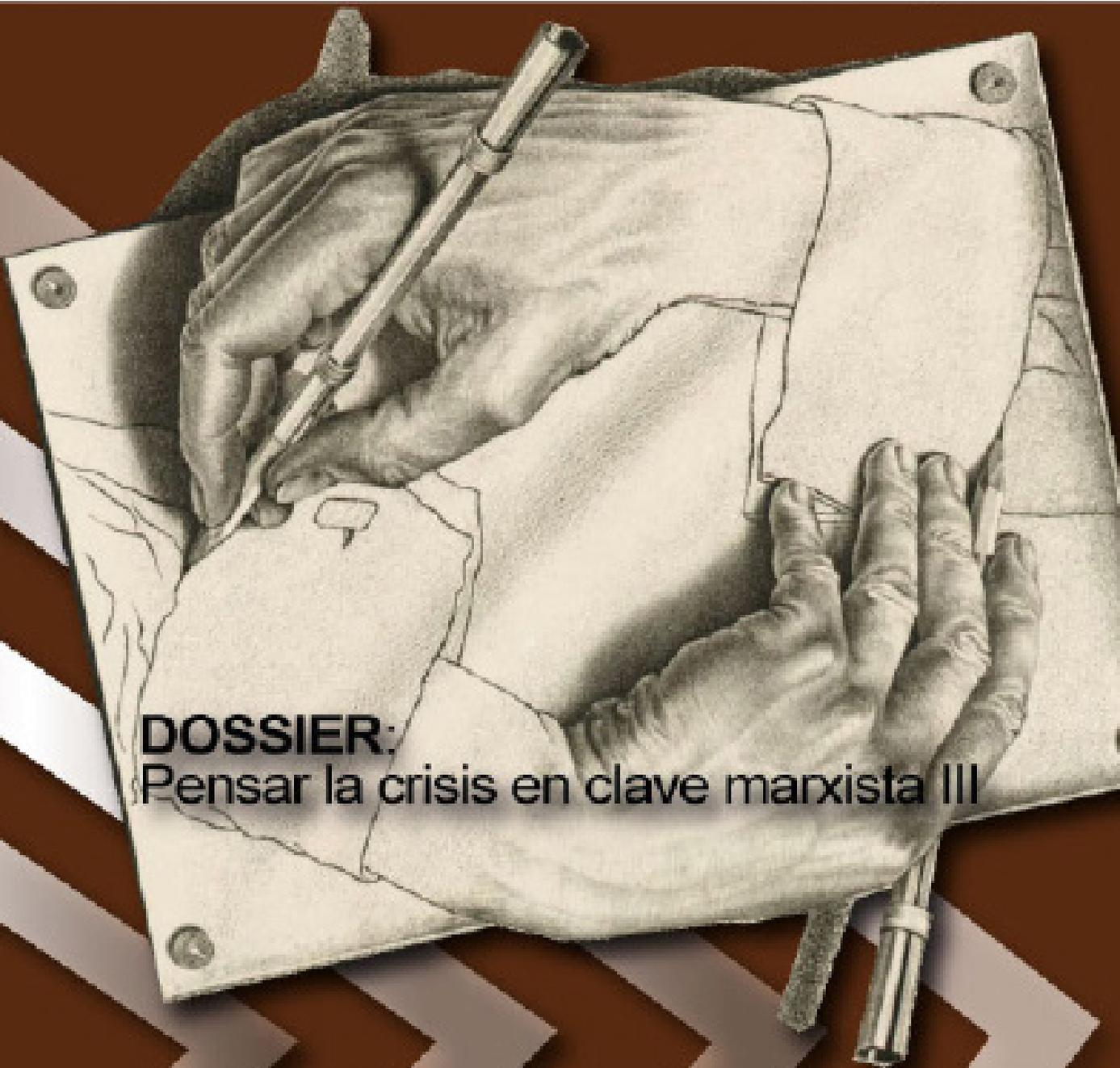


LINEAS DE FUGA 8

Mayo 2021
Bogotá, Colombia

Revista de teoría y
filosofía política



DOSSIER:
Pensar la crisis en clave marxista III

FUNDACIÓN



WALTER BENJAMIN



GRUPO DE ESTUDIOS DE
FILOSOFÍA POLÍTICA
ESPECTROS

LÍNEAS DE FUGA

Revista de teoría y filosofía política
Mayo 2021/ N° 8
Bogotá, Colombia

Director

Giovanni Alexander Libreros Jiménez

Subdirector

Sergio de Zubiría Samper

Edición

Yebrail Ramírez Chaves

Comité Editorial

Luis Andrés Botero

Mary Cruz Ortega

Victor Valdivieso

Nancy de la Hoz

Jerson Arias

Ximena Cortés

William Monsalve

Fernando Solano

Alejandra Ortiz

Rubiel Vargas Quintero

Camilo Pérez Riveros

Diseño y diagramación

Daymer Rios Cifuentes

Ilustrador

Luis Andrés de Jesús Botero

“Líneas de Fuga es una revista trimestral editada por la Fundación Walter Benjamin y el Grupo Espectros”.

E-mail: revistalineasdefuga2020@gmail.com

revistalineasdefuga.blogspot.com

www.fundacionwalterbenjamin.org.co

Tel:3174299222 / 3204458613

Bogotá–Colombia

TABLA DE CONTENIDO

3	EDITORIAL PENSAR EN TIEMPOS DE CRISIS <i>Nancy de la Hoz</i>
11	CRISIS DE LAS SUBJETIVIDADES III: La inagotable búsqueda de opciones superadoras <i>Giovanni A. Libreros J.</i>
27	TEORÍAS MARXISTAS DE LA CRISIS: CRISIS ORGÁNICA EN GRAMSCI (III PARTE) <i>Sergio De Zubiría Samper</i>
39	CRISIS DEL FEMINISMO O CRÍTICA POSTERGADA AL FEMINISMO LIBERAL Y HEGEMÓNICO <i>Maira Ortiz Mendoza</i>
51	APÉNDICE LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL <i>Rosa Luxemburg</i>



EDITORIAL

PENSAR EN TIEMPOS DE CRISIS

*Nancy de la Hoz**

Tenemos el gusto de presentar el número ocho de la Revista Líneas de Fuga. En este dossier se compilan ideas y reflexiones sobre el distinto estado de maduración de la crisis capitalista en clave marxista. Algunas de estas reflexiones se han venido desarrollando en los números anteriores y conforman un cuerpo temático bastante amplio. Encontrarán tesis sobreexpuestas, otras recién nacidas y varias que se pueden concebir como fuentes de pensamiento aún en construcción. Al versar sobre la noción de crisis, todas ellas quedan abiertas, como es connatural a la experiencia de la crisis. Son artículos sin aspiración de postularse como teorías acabadas.

Este número indaga también sobre los límites de la teoría para comprender crisis profundas, abre la mirada y observación en momentos privilegiados de la historia humana, precisamente porque asistimos a una crisis que podría denominarse “civilizatoria” o de “época”.

Puede apreciarse que la crisis general o sistémica, como consecuencia de las contradicciones estructurales del mundo capitalista, se ha manifestado de forma muy destructiva. Se eliminan distintas esferas de la vida y del campo social muy significativas para la convivencia humana. A nivel político, incluso podemos plantearnos si persiste alguna forma de democracia o si alguna vez existió. Sobre todo, cuando percibimos que estos regímenes políticos están al servicio exclusivamente del capital y del lucro.

En el marco de una emergencia planetaria como la del Covid-19, la tiranía del

* *Médica psiquiatra. Integrante de la Fundación Walter Benjamin.*

Creemos que la actual crisis tiene características sistémicas, potenciada y empeorada con la aparición de la pandemia. Empíricamente, sus afectaciones son innumerables. No solo el hambre campea. También se han afectado los puestos de trabajo. Muchos quedaron convertidos en cesantes absolutos y varios luchan en el rebusque para poder subsistir

sistema hunde con mayor fuerza sus garras sobre los oprimidos. Se agrava exponencialmente la crisis general en el entorno de una pandemia. Las gestiones de los gobiernos actuales priorizan la economía privada y las ganancias y no la salud o el bienestar de las personas. Por eso, sus embates agravan cada vez más la crisis y ensanchan aún más las brechas de la desigualdad social. Vemos que se intensifica dramáticamente la dominación capitalista, colonialista; la xenofobia; el sexismo y el patriarcado. Es más, algunos podrían argumentar, sin temor a equivocarse, que asistimos a nuevas fases y modalidades de fascismo. En este contexto la pregunta que nos asalta es si pueden llegar acaso tiempos de un supuesto capitalismo “bueno”, tal como lo plantean variados sectores políticos de cara a la contienda electoral. El capitalismo por su naturaleza destruye y autodestruye la naturaleza y la vida humana.

La forma tan rápida de expansión de la pandemia nos da cuenta del descomunal movimiento de cadenas productivas, y cambios inesperados en la expresión de la crisis de salud en países centrales y posteriormente en los países del sur global. La crisis de salud pone en evidencia la deriva ideológica del capitalismo que ha dejado a los líderes de la derecha internacional desarmados, sin capacidad de acción frente a la necesidad de crear una forma de sostén ante el desempleo de un gran sector de trabajadores y del sector informal y la sobrecarga laboral de otros en el sector salud, que venían siendo precarizados. La crisis también mostró su carácter clasista, racista y de género, llamándonos a pensar sobre la agudización de la dominación de clase a través de estrategias de racialización y opresión patriarcal.

Los artículos presentes en este número ofrecen elementos para pensar y potenciar ideas que nos interpelen. Nos permiten nuevas interpretaciones y revelan nuevas consecuencias y fenómenos de la crisis actual. Creemos que la actual crisis tiene características sistémicas, potenciada y empeorada con la aparición de la pandemia. Empíricamente, sus afectaciones son innumerables. No solo el hambre campea. También se han afectado los puestos de trabajo. Muchos quedaron convertidos en cesantes absolutos y varios luchan en el rebusque para poder subsistir. Estos son solo dos ejemplos de los movimientos telúricos a los que asistimos en esta crisis sistémica.

Las implicaciones de las *viejas-nuevas* formas de consumo y mercadeo, todo esto asociado a una mórbida sobreproducción que incluye exceso de artículos realmente inservibles, mientras las vidas materiales de las mayorías poblacionales se precarizan y el medio ambiente da signos de su deterioro irreversible. Se consolida un aparente mundo de consumo para unos pocos y de precariedad para las mayorías. Como afirmara el pedagogo Paulo Freire: “Soy profesor contra el orden capitalista vigente que inventó esta aberración: la miseria en la abundancia”.

Tenemos que constatar una crisis del pensamiento y del pensar, y por lo tanto del lenguaje. El pensamiento y el lenguaje experimentan múltiples aporías y un alto empobrecimiento. Esta crisis también ha atravesado y permeado también a la izquierda. Una corriente de pensamiento que ha perdido la comodidad de su discurso tradicional y se ha visto obligada a interpelarse. La colonización de las subjetividades por el neoliberalismo y el reformismo abarca de manera preocupante a las organizaciones y partidos que se denominan de “izquierda”.

Circunstancias anteriormente consideradas liberadoras y novedosas, pueden resultar en este momento conservadoras, como el discurso sobre los derechos en el caso de los movimientos feministas, que han tenido un auge muy importante en los últimos años. Las luchas feministas, las cuales han mostrado una gran diversidad y creatividad, desde finales del siglo XX y principios del XXI, al lado de posturas del llamado feminismo burgués de mediados del siglo XX, entran en crisis. Mientras no es aparente la disputa sobre la justeza de las luchas de las mujeres por la jornada laboral, salarios, derechos sobre el vestir, el compartir las labores del hogar, el reconocimiento de la doble o triple jornada, uso de anticonceptivos y el aborto, que no implican la ruptura del sistema socioeconómico. Pero sí hay disputa sobre el objetivo, dirección de la indignación y la lucha, que para el marxismo va más allá de las reivindicaciones porque desafían el sistema de clases y poder. En este punto, las ideas cuestionan si feminismos no marxistas lo defenestran o no. Al final, ¿Puede considerarse el marxismo patriarcal y eurocéntrico? Podemos plantearnos si el marxismo puede otorgar otra visión ético-política a la del sistema, ¿está en armonía o afinidad el marxismo con temas de género, etnia y raza? Mejor aún, ¿qué tan amplio han sido las relaciones que se tejen en el marxismo al añadir estas categorías, hoy tomadas por el feminismo de-colonial?

Las épocas de crisis son fértiles para incrementar nuestras preguntas, aún más si intentamos como hacen los artículos de este número mantener una perspectiva marxista: ¿El marxismo sigue siendo la más integral de las perspectivas de análisis? ¿sigue siendo fuente de una visión e interpretación de las dinámicas económicas y su entramado en todas las esferas de la vida? ¿El marxismo

interpreta suficientemente al neoliberalismo que más que un sistema económico, es un sistema de pensamiento que ha exacerbado la explotación, opresión y desigualdad? Por otro lado, ¿la política de los Derechos Humanos ha producido un direccionamiento, un suficiente control y apaciguamiento de las luchas de las mujeres? ¿Son un bastión y apoyo de las luchas del proletariado? ¿son en verdad un dique ante la violencia en la guerra?

Nos corresponde entonces un tiempo histórico de múltiples búsquedas, para ello necesitamos formular nuevas preguntas, las preguntas adecuadas, que actúen como llaves que abran nuevos caminos para propulsarnos hacia un nuevo horizonte. En este sentido la revista, LÍNEAS DE FUGA en este número, nos propone una plataforma desde la cual pensarnos en términos de mujer y feminismos, de las diversas crisis sociales, las crisis del modo de producción y de las hegemonías en sentido gramsciano.

El marxismo y el comunismo han entendido, desde su origen, la desigualdad histórica, de la clase obrera y de la mujer, ligada al sistema de propiedad privada. El predominio de lo privado también ha hecho crisis, al estar abocado al desmantelamiento de los sistemas estatales de seguridad social, la total privatización de la salud, causando desastres humanitarios en pandemia, por lo tanto, se actualiza la necesidad de privilegiar análisis sobre ejes teóricos marxistas.

La revolución cambia las condiciones sociales políticas y económicas, mientras las reformas solo se consolidan en revolución, ¿entonces, mientras tanto, las reformas de lograrse en este contexto, y aunque sean mínimas, pueden entrar en contradicción con el fascismo que hoy tiñen la vida social política y económica? y si esto es así, ¿la socialdemocracia, al sostener un sistema de reformas, por lo menos en el discurso, puede considerarse de “izquierda” en este momento, como se ha venido planteando en las elecciones Estadounidenses, de hace apenas unos pocos meses?

Nos corresponde entonces un tiempo histórico de múltiples búsquedas, para ello necesitamos formular nuevas preguntas, las preguntas adecuadas, que actúen como llaves que abran nuevos caminos para propulsarnos hacia un nuevo horizonte

La socialdemocracia en tiempos de crisis se ha alineado con el fascismo, como ocurrió alrededor de las guerras mundiales del siglo pasado. En este contexto pensamos a Rosa Luxemburgo considerando una pregunta suya sobre el socialismo y es el indagar si éste es la utopía sobre la toma del poder por la clase obrera que, al tiempo con la formulación de la alternativa de revolución o barbarie, nos permite ver claramente que toda aspiración a cambio es radical y revolucionaria. La aspiración revolucionaria y el radicalismo tienen pleno sentido, lo cual confiere a la práctica revolucionaria solidez y trascendencia como lo confirma la vida, y obra de Rosa Luxemburgo.

Rosa fue anticolonialista, feminista de clase, y precursora de la teología de la liberación, ese último matiz poco conocido, pero sobre el que hay un escrito relevante, *El Socialismo y las Iglesias*. En este número rendimos homenaje a esta mártir del pensamiento marxista con la publicación de apartes escogidos del capítulo XXVI de su obra cumbre “La acumulación del capital”. Lo consideramos un texto fundamental para el pensamiento crítico del Sur Global.

El asesinato de Rosa Luxemburgo por parte del Estado socialdemócrata configura una práctica fascista, forma elevada a categoría de manual contrainsurgente en el presente actual en América Latina. Ella fue tomada en condiciones absolutas de indefensión, rodeada de hombres con poder de fuego. Fue humillada, escupida y empujada, blanco absoluto del odio, sin ningún dolor o solidaridad del público, que se complació con el hecho. Fue destrozada su cabeza, asiento del pensamiento y conciencia. Fue ejecutada y luego desaparecida y luego rescatados sus restos. El poder no logró impedir que al

ser sepultada fuese reconocida como una de las mujeres más extraordinarias lúcidas y combativas, elevada como la rosa roja en su momento, hoy es poco publicada, y leída, su obra está viva porque anuncia las contradicciones que pueden disolver las revoluciones. En esta turbulenta realidad colombiana y latinoamericana, aspiramos al reivindicar la figura y obra de Rosa Luxemburgo y de su utopía socialista.



CRISIS DE LAS SUBJETIVIDADES III: La inagotable búsqueda de opciones superadoras

Giovanni A. Libreros J.* .

En artículos previos hicimos una aproximación a la crisis de las subjetividades políticas¹ con la intención de identificar tradiciones teóricas que pueden enriquecer las nociones marxistas del sujeto y la subjetividad. Nuestra búsqueda se enfocó en las claves contemporáneas para el desarrollo de la conciencia anticapitalista. Esto porque compartimos el criterio leninista (1976) que sostiene que ningún régimen opresivo caerá –ni siquiera en sus peores épocas de crisis– sin una acción independiente de quienes ya no pueden vivir bajo su dominio (p. 227). De esta premisa se desprende que una “crisis general” es por sí misma insuficiente para producir las transformaciones emancipadoras. El “cambio subjetivo” se torna entonces determinante para lo que Katz (2011) llama la producción de una “opción superadora” del orden vigente (p. 168).

La reflexión que nos proponemos abordar gira en torno a cómo la subjetividad reformista que emerge hacia finales del siglo XIX fue incorporada a la subjetividad neoliberal de finales del siglo XX. La cuestión estriba en que en la época presente no se trata de dos tipos diferentes de subjetividad, sino que, por el contrario, la “gubernamentalidad neoliberal”² ha logrado apoyarse en ambas modalidades de la conciencia social para transformar en un sentido economicista las formas de

* Filósofo e investigador. Coordinador Red Colombiana de Estudios Marxistas – RECEM.

1 Revista *Líneas de Fuga*, números 6 y 7. Dossier: *Pensar la crisis en clave marxista I y II*. Disponibles en: <https://revistalineasdefuga.blogspot.com/2020/05/numero-6-de-la-revista-lineas-de-fuga.html> & <https://revistalineasdefuga.blogspot.com/2020/07/revista-lineas-de-fuga-numero-7-revista.html>

2 Por «gubernamentalidad neoliberal» entendemos una forma razonada de gobierno donde se ejercen mecanismos de poder, dispositivos de vigilancia y seguridad, formas de dirección, métodos e instrumentos sobre las relaciones sociales, de tal suerte que, al tropezar con resistencias, estas formas de gobernar son perfeccionadas, diversificadas y flexibilizadas tornando la dominación menos visible (Laval, 2018, pp. 32-33).

Estamos ante una circunstancia de excepcionalidad que está siendo aprovechada por los capitalistas para incorporar reformas que contrarresten la tendencia a la baja de la cuota de ganancia. Con este fin se están ensayando vías como la exacerbación de populismos y nacionalismos de derecha, xenofobias y fundamentalismos que son constitutivos de novedosas formas de autoritarismo y fascismo

vida, los procesos de individuación y el ejercicio de la ciudadanía, sometiéndola cada vez más a la idea política de la unidad estatal.

El problema propuesto exige un doble abordaje: por un lado, desde la aporía en la que parece ubicarse la coyuntura global por la que atravesamos y, por otro, desde una perspectiva crítica a los lineamientos reformistas que refuerzan la subordinación intelectual y cultural del proyecto socialista. Para tal fin, proponemos un abordaje en cinco momentos expositivos: En el primero analizaremos algunos aspectos de carácter orgánico de la coyuntura actual; en el segundo, incorporaremos elementos históricos del “*Bernstein Debatte*” que valoramos útiles para la crítica marxista al reformismo neoliberal; en el tercero hacemos una breve aproximación a la teoría *bernsteiniana* del poder; el cuarto lo dedicamos a reseñar algunas tesis marxistas que responden a la crítica bernsteiniana del programa comunista de 1848; finalmente, en el momento conclusivo, formularemos algunas ideas para pensar la alternativa a la crisis en clave de opción superadora.

Estamos ante un movimiento orgánico y no simplemente coyuntural

Comenzamos el año con dos sucesos de gran significación. El primero de ellos fue la agudización de los efectos económicos y sociales del segundo pico de la pandemia. Mucho se ha dicho sobre el nuevo coronavirus, pero lo importante es seguir profundizando en la comprensión que éste no es el origen ni la causa de la situación actual, sino que estamos ante una prolongación de una crisis de

totalidad que explotó en 2008 y que mostró los límites del sistema financiarizado. Con anterioridad a la pandemia, varios economistas críticos habían alertado sobre la proximidad de una nueva recesión económica para los años 2020 – 2021 con efectos similares e incluso peores a los del periodo señalado (Roubini & Rosa, 2018; Torres, 2020; Ruíz, 2019; Monzón, 2019).

Por otro lado, hemos comenzado a entender que estamos ante una circunstancia de excepcionalidad que está siendo aprovechada por los capitalistas para incorporar reformas que contrarresten la tendencia a la baja de la cuota de ganancia. Con este fin se están ensayando vías como la exacerbación de populismos y nacionalismos de derecha, xenofobias y fundamentalismos que son constitutivos de novedosas formas de autoritarismo y fascismo, todas ellas completamente funcionales a la reproducción de los órdenes criminales de la acumulación capitalista. En estas circunstancias, la pandemia viene golpeando principalmente a la clase trabajadora, las masas desposeídas y las comunidades locales víctimas del despojo violento, la crisis ecológica y el colapso de los sistemas de salud pública.

El segundo aspecto corresponde al cambio de gobierno en los EE. UU. Esta fue una transición violenta que reveló fisuras en el bloque de poder imperial. Sin embargo, el fenómeno dio cuenta también de una estrategia de contención del *rupturismo social*³ desatado a raíz del asesinato de George Floyd en mayo de 2020⁴, un hecho que evidenció la persistencia del racismo y el clasismo sistemático en las entrañas

³ Para A. Benavente, el *rupturismo social* es una forma de movilización de la protesta, extendida y violenta, que cuestiona la institucionalidad vigente en un país determinado y que, en algunos casos, puede llegar a confrontar a su modelo económico. En las últimas décadas, el *rupturismo social* ha sido clave en la caída de varios gobiernos en el mundo pese a mantenerse el formalismo institucional del ordenamiento neoliberal (2008, p. 157).

⁴ Se trató de un movimiento de protesta histórico que desbordó las fronteras norteamericanas, cuya beligerancia desafió no solo el racismo sino también los regímenes de excepción de la derecha neoliberal. La magnitud y extensión de las protestas fue reprimido con un inusual despliegue militar en 140 ciudades y 21 estados de la unión.

de la metrópoli. La retórica progresista que celebró la llegada de Biden no advirtió entonces que este viraje respondía al ascenso del *poder blando* del capital financiero, un simple cambio de fachada de la dominación de clase presionado por el agravamiento de la crisis interna y el debilitamiento del liderazgo estadounidense en la geopolítica internacional, el cual pretende ser recuperado a través de una estrategia intervencionista posiblemente más agresiva que la administración anterior (Skidelsky, 2020; Selfa, 2021).

En medio de semejante coyuntura global se acelera el proceso de «desestructuración de las izquierdas institucionales» (De Zubiría, 2020) o para usar la expresión de C. Laval y P. Dardot (2017), la «izquierda gubernamental» “ha dejado de ser la fuerza de *justicia social* cuyo objetivo era la igualdad civil, política y económica y cuya razón de ser era la lucha de clases” (p. 155). Esta impotencia conduce al envilecimiento de estos proyectos en otrora revolucionarios a causa de su hostilidad a la teoría, su pérdida de horizonte emancipador en medio de las tramas electorales, pero, sobre todo, por su pobreza de imaginario cultural.

Este panorama conduce a la pregunta por el sentido de un reagrupamiento anticapitalista capaz de proponer caminos ciertos en clave de opción superadora. Aunque nos resulte imposible resolver esta cuestión – al menos por ahora –, sí podemos intentar incorporar al debate algunas claves históricas para provocar esta reflexión ante la falta de iniciativa de los aparatos partidistas que en nombre de la “democracia”, la “representación política” y, en algunos casos, del “socialismo”, claudicaron en favor del reconocimiento político y de beneficios tanto económicos

como burocráticos por parte del Estado (Laval & Dardot, 2017, p.159).

Recuperar para el presente inmediato el “Bernstein Debate”

El estado de orfandad de la izquierda que hemos descrito invita a retornar algunas polémicas de la tradición clásica del marxismo, no con el ánimo de encontrar en los anaqueles de la historia fórmulas mágicas que rediman la humanidad de sus miserias, pero sí con la intención de buscarle nuevos sentidos a una *praxis política* que solo puede expandirse al calor de las luchas reales de los oprimidos y explotados.

Para H. Tarcus (2014) el *Bernstein Debate* se trató de un momento de “*crisis del marxismo finisecular*” que involucró no solo el diálogo crítico entre el campo académico y el campo socialista, sino a diversos actores y múltiples líneas de pensamiento crítico. De acuerdo con este autor, en esta interesante coyuntura convergieron al menos tres líneas teóricas: 1) la que llega por la vía de la filosofía académica de corte “neokantiana”; 2) la que proviene de la economía académica conocida como crítica marginalista a la teoría del valor de Marx; 3) la que se produjo en el propio campo socialista con el apoyo del “socialismo de cátedra” y el “marxismo legal” (p. 37).

El *Bernstein Debate* no se refirió entonces a una persona en particular, sino a todo un campo de divergencias teóricas que condujeron finalmente a la bancarrota del socialismo europeo durante la transición del siglo XIX al XX. Pensamos que este no es un asunto meramente anecdótico, puesto que uno de los vectores de la crisis de las subjetividades políticas parece estar vinculado con el triunfo ideológico del *reformismo* hacia finales del siglo XX, una visión que con posterioridad al derrumbe de la experiencia soviética termina convirtiéndose en un dispositivo regulatorio del neoliberalismo para despolitizar las prácticas sociales de la clase trabajadora, como ocurrió, por ejemplo, con el sindicalismo gremialista y corporativo.

No es coincidencia que Marx, en el capítulo tercero del *Manifiesto Comunista*, hubiese advertido tempranamente que la *burguesía* se

Nuestra crítica a las subjetividades reformistas y neoliberales, en tanto que son parte del mismo proceso de reforzamiento del gobierno neoliberal, se orienta a cuestionar las posiciones de la izquierda institucionalizada que niegan la vigencia actual del socialismo

apoyaba en una concepción reformista del socialismo con el fin gestionar las crisis que el capitalismo engendra y que potencialmente amenazan la consolidación de la sociedad moderna. Se trataba, por consiguiente, de una maniobra política para apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario con la promesa de un cambio en las relaciones económicas, solo que:

(...) por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesa – lo que no es posible más que por vía revolucionaria –, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por tanto, no afectan a las relaciones entre capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado (Marx & Engels, 1981, p 136).

No sería, entonces, hasta 1899 cuando Eduard Bernstein, tras la muerte de su maestro Engels, inició una revisión radical de las principales tesis del programa comunista de 1848. No sabemos si era consciente de que con ello abrió también un periodo prolífico para la renovación crítica del marxismo, pero lo cierto es que en el nuevo siglo alumbró toda una pléyade de intelectuales que contribuyeron a ampliar la teoría socialista con nuevas problematizaciones de la sociedad capitalista. Entre ellos se destacan las figuras de R. Luxemburgo, R. Hilferding,

K. Kautsky, F. Mehring, A. Labriola, G. Plejanov, V. I. Lenin, L. Trotsky.

Más allá de que algunos de estos referentes entraran luego en contradicción con el marxismo, este fue sin duda un *siglo pericleo* en el que se podía debatir pese a las trabas burocráticas, sin miedo a la censura o al destierro de la militancia, o, peor aún, a perder la vida como finalmente pasó en algunos casos, sin que esta circunstancia impida reconocer que este fue un *siglo de oro* para la teoría revolucionaria, el cual lastimosamente entró en declive después de la muerte de Lenin en 1924. De todas maneras, lo que queremos destacar es que dichas problematizaciones resultan importantes para estudiar y entender los procesos revolucionarios en formaciones sociales e históricas que, como la nuestra, no encajan necesariamente dentro de la matriz eurocéntrica del desarrollo capitalista.

Teoría *bersteiniana* del poder: «procesos» *sin* «saltos» revolucionarios

Resulta evidente que no podemos hacer una exposición detallada de todas las aristas del *Bernstein Debatte*, por lo que nos remitiremos tan solo a mencionar algunos aspectos que consideramos centrales en la reflexión acerca del poder político. Recordemos que el apotegma que definió la doctrina bersteiniana fue el siguiente: “*Para mí el movimiento lo es todo, y lo que ordinariamente se considera como objetivo final del socialismo, no es nada*” (Bernstein, 1982, p. 97). La densidad contenida en esta línea es alta y requerimos de un mínimo despliegue conceptual para comprender el sentido y alcance de tan inusual fórmula.

En su libro de 1899, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Bernstein desarrolla su crítica a lo

que denominó como *“teoría de las catástrofes sociales”* la cual, se supone, tiene como punto de referencia las tesis del *Manifiesto Comunista*. Aunque consideraba que el diagnóstico de las tendencias descritas en el *Manifiesto* era correcto, pensaba a su vez que la parte conclusiva era equivocada en lo atinente a la *“valoración del tiempo requerido por este desarrollo”*. Bernstein criticaba la política del partido socialista de su país puesto que consideraba que ésta formulaba que el capitalismo marchaba hacia su inevitable colapso y por tanto a una catástrofe social inminente.

En realidad, lo que el pensador alemán estaba presentado era su *“Teoría del desarrollo lento del capitalismo”*, la cual consideraba que el ciclo revolucionario europeo iniciado hacia la primera mitad del siglo XIX se había cerrado con la derrota de la Comuna de París en 1871, lo que implicaba una transición hacia un largo periodo de estabilización y consolidación capitalista. Aunque no podemos entrar en detalles, sí podemos resumir los argumentos de esta teoría así: 1) el capitalismo, al desarrollar la producción, eleva gran cantidad de proletarios a la clase media; 2) la lucha sindical produce una mejor situación económica y política del proletariado; 3) el trabajo cotidiano de los partidos socialistas no debe apuntar a la conquista del poder político, sino a mejorar la situación del proletariado en el marco del orden existente; 4) no se llegará al socialismo por la explosión de una crisis político – social, sino por el camino de una expansión gradual del control social y de la cooperación. En síntesis, *“A medida que las instituciones políticas de las naciones modernas se democratizan se reduce las necesidad y las oportunidades de grandes catástrofes políticas”* (Bernstein, 1982, pp. 95-96).

En conclusión, lo que la teoría bernsteiniana va a plantear es que la conquista del poder político no se va a producir a

través de grandes «saltos» o catástrofes sociales (revoluciones), sino por medio de un «proceso lento» y una re – definición del papel de los partidos socialistas en función de “organizar políticamente la clase trabajadora y formarla para la democracia”, y en luchar por todas las reformas políticas que sirvan para elevar la conciencia de clase y “transformar el sistema político en democracia”. Bernstein (1982) le atribuye al marxismo el ser portador de una “teoría del derrumbe” frente a lo que debe oponerse el avance constante en cada estadio de desarrollo del proceso capitalista: “estoy plenamente convencido de que en la evolución de los pueblos hay épocas importantes que no pueden saltarse, le atribuyo el máximo valor a las tareas inmediatas de la socialdemocracia, es decir, a la lucha por los derechos políticos de los trabajadores” (p. 96).

Se puede apreciar cómo en Bernstein puede encontrarse el origen de los fundamentos de la *teoría de la revolución por etapas* de Stalin, algo que por el momento no podemos entrar a desarrollar, pero que de acuerdo con M. Löwy (2007) sirvió para definir el periodo 1930 – 1959 de la lucha de clases latinoamericana y el problema del poder como etapa de la revolución nacional – democrática (pp. 9 – 10). La cuestión de si los programas de la izquierda subsumidos en la subjetividad reformista se mueven o no dentro de este esquema, exige una mínima referencia a la respuesta que se dio al revisionismo bernsteiniano desde el campo marxista.

Respuesta marxista a la “crítica bernsteiniana”

Aunque no podemos desplegar todos los argumentos de este debate sí debemos indicar, aunque sea esquemáticamente, las principales críticas a la *teoría bernsteiniana del poder*. Estas provinieron primordialmente por la vía de la denominada “corriente ortodoxa” del marxismo: K. Kautsky, R. Luxemburgo , A. Labriola, J. Plejanov y V. I. Lenin. Como puede apreciarse el *marxismo ortodoxo* (utilizo el término en contraposición al *reformismo marxista*) es muy plural, lo que demandaría un mayor esfuerzo de caracterización. Por el momento nos limitaremos a decir que, para la tradición *ortodoxa*, no existe ninguna contraposición entre las reformas sociales y revolución política en la teoría marxista del poder (Luxemburgo, 1981, p. 27). Tal oposición sería una invención exclusiva del *revisionismo bernsteiniano* (Kautsky, 2018, p. 38).

Así, por ejemplo, la crítica de R. Luxemburgo (1981) a esta concepción reformista

La burguesía se apoyaba en una concepción reformista del socialismo con el fin gestionar las crisis que el capitalismo engendra y que potencialmente amenazan la consolidación de la sociedad moderna

del poder sugiere más bien que se trata de una *teoría de la implantación del socialismo por medio de reformas sociales*:

Si la revisión bernsteiniana se limitara a decir que el curso del desarrollo capitalista es mucho más lento de lo que se supone, ello implicaría únicamente una demora, por parte del proletariado, en la hasta ahora supuesta conquista del poder y, a lo más, en la práctica, un compás más lento de lucha. Pero no se trata de eso. Lo que Bernstein pone en duda no es la rapidez en la lucha sino el propio curso evolutivo de la sociedad capitalista, y, por tanto, el tránsito a un orden socialista (pp. 20-29).

Kautsky le recuerda a Bernstein que el marxismo nunca negó que el proletariado en su lucha política utilizase el recurso de los derechos políticos para desarrollar económicamente sus organizaciones y ampliara su capacidad transformadora inclusive a través de las elecciones y los parlamentos, pero:

(...) la forma más elevada de la lucha de clases, la que da su carácter a todas las demás, no es la lucha entre organizaciones económicas aisladas, sino la lucha sostenida por la colectividad del proletariado para la conquista de la más poderosa de las organizaciones sociales, el Estado; es la lucha política. Esta es la que todo lo decide (Kautsky, 2018, p. 129).

A. Labriola (1902) en su polémica con el sociólogo Masaryk advirtió que el principal adversario teórico del marxismo era el *positivismo*, especialmente el difundido por los representantes políticos que se presentan

como reformadores, progresistas y liberales radicales en la democracia parlamentaria, para quienes la fuerza de adaptabilidad del capitalismo hace inviable el tránsito hacia una nueva forma de producción que elimine el dominio de clase. Para ellos, incluyendo a Bernstein, el fin último de un tipo de socialismo que ha abandonado el marxismo no consiste en abolir el Estado, sino tan solo en reformarlo (Labriola, 1902, pp. 185-205).

Plejanov (2017) critica el sesgo bernsteiniano, según el cual, en el marxismo “hay un efecto automático de la situación económica” que conduce inevitablemente al socialismo, lo que olvida que para Marx es, precisamente, la praxis social la que hace la historia y “no el movimiento automático de la economía” (p. 29).

Lenin (2018) consideraba que la causa de estas divergencias en el socialismo europeo no eran exclusivamente de personas o grupos (Bernstein y cía.), sino que correspondían principalmente a factores estructurales inherentes al régimen económico y a las características del desarrollo capitalista de cada país. En este asunto de la crítica al «etapismo», «gradualismo» y el «pacifismo» bernsteiniano, el líder bolchevique se apoya en A. Pannekoek, quien en su libro de 1909 titulado *Divergencias tácticas del movimiento obrero*, había extraído cuatro conclusiones:

1. La incorporación creciente de *nuevas capas de masas trabajadoras* al socialismo es la causa de las recurrentes divergencias tácticas;
2. El *ritmo de desarrollo del capitalismo* no es el mismo en los diversos países y en las distintas ramas de la economía nacional;
3. El *carácter dialéctico del desarrollo social*, que se produce en medio de contradicciones, constituye una fuente permanente de discrepancias. El capitalismo es progresista porque desarrolla las fuerzas productivas, pero al mismo tiempo oprime y causa la miseria de las masas; y
4. Los *cambios de táctica de las clases dominantes*, en general, y de la burguesía en particular. Esta combina dos métodos de lucha, el

de la «violencia» que rechaza las reformas y el del «liberalismo» que avanza hacia el desarrollo de los derechos políticos (pp. 19–22).

En todas estas críticas insuficientemente desarrolladas hasta aquí, podemos encontrar una caja de herramientas útiles para problematizar la relación entre democracia y modernización socioeconómica en los programas de transición política de carácter “multiclasista”, los cuales vienen presentándose en América Latina como las opciones más viables de salida del ordenamiento neoliberal.

Necesitamos pensar alternativas en clave superadora

Nuestra crítica a las subjetividades reformistas y neoliberales, en tanto que son parte del mismo proceso de reforzamiento del gobierno neoliberal, se orienta a cuestionar las posiciones de la izquierda institucionalizada que niegan la vigencia actual del socialismo. Para este tipo de subjetividad política nunca habrá crisis capitalista mientras existan sectores económicos que mantengan la rentabilidad del capital, una lectura de por sí bernsteiniana en el sentido de pensar que hasta que no se dé un colapso general, no estarán dadas las condiciones para un «salto revolucionario» del propio proceso emancipatorio.

Para finalizar, propongo de manera sintética tres ideas para pensar alternativas a la crisis en clave de *opción superadora*:

1. Mientras no profundicemos el estudio histórico de nuestras formaciones sociales, los proyectos alternativos corren el riesgo de sucumbir ante las propuestas modernizadoras del capitalismo bien sea de derecha o izquierda, por lo general de

corte populista, que pueden dar paso a nuevas modalidades de autoritarismo que frenen el avance de los movimientos populares de carácter anti - sistémico.

2. Lo anterior ha llevado a que la izquierda institucionalizada agencie la distorsión de conceptos que resultan estratégicos para los programas alternativos o sustitutivos del neoliberalismo como, por ejemplo, la confusión de «gobierno con poder»; «democracia con elecciones»; «gobierno democrático con gobierno de la mayoría»; «reforma social con modernización capitalista»; «alianza multclasista con hegemonía»; etc. Mientras el discurso alternativo siga atrapado en este desorden conceptual, no será posible superar la continuidad capitalista dentro de los procesos de cambio social que son resultado no tanto del parlamentarismo, sino de las luchas reales que se libran en el momento actual y;

3. Los procesos de reforma social y su nexo con la revolución necesitan ser pensados de otra manera. No estamos frente a simples contradicciones que responden a versiones locales y prolongadas del feudalismo europeo, sino ante un proceso acelerado de modernización capitalista que puede abrirse paso bien sea a través de formas todavía más autoritarias o bien por la vía de formas democrático – liberales que incluyan alianzas con la izquierda institucionalizada. A contrapelo, la «opción superadora» es mucho más promisoría para decirlo con M. Löwy (2007): “Solo las medidas anticapitalistas en el contexto de un proceso socialista revolucionario pueden solucionar el problema agrario del continente y abrir el camino para un desarrollo social y económico armonioso” (p. 13).



Este debate necesita abrirse camino aún en medio de la creciente fragmentación de las subjetividades sociales. Sujetos políticos derruidos y subjetividades rebeldes dispersas pareciera ser el estado actual del campo anticapitalista. Sin embargo, todavía es mucho el camino que queda por recorrer en el proceso constitutivo de los nuevos órdenes comunitarios de la economía y la política que aspiran a emanciparse de la sujeción mercantilista y neoliberal.

Referencias bibliográficas

Benavente, A. (2008). Estallidos sociales y escenarios de ingobernabilidad. Consideraciones sobre el rupturismo social en América Latina. *Revista Pléyade*, 2, 156–167. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2788101>

Bernstein, E. (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Siglo XXI editores.

De Zubiría, S. (2020, August). Desestructuración de las izquierdas institucionales (I). *Revista Izquierda*, 88, 53–59. <https://www.revistaizquierda.com/secciones/Numero-88-agosto-2020/izq-rev-88-izquierda-en-debate-desestructuracion-de-las-izquierdas-institucionales-i>

Katz, C. (2011). *Bajo el imperio del capital*. Espacio Crítico.

Kautsky, K. (2018). *Bernstein y el programa socialdemócrata. Una anticrítica*

(*La doctrina socialista*). Alejandría proletaria. <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1899/1899-bernstein-programa-kautsky.pdf>

Labriola, A. (1902). *Del materialismo histórico*. F. Sempere y compañía.

Laval, Christian; Dardot, P. (2017). *La pesadilla que no acaba nunca. El neoliberalismo contra la democracia* (Primera ed). Gedisa.

Laval, C. (2018). *Foucault, Bourdieu y la cuestión neoliberal*. Gedisa.

Lenin, V. I.-. (2018). Las divergencias en el movimiento obrero europeo. In *Marxismo y reformismo* (pp. 19–24). Ediciones acción proletaria.

Lenin, V. I. (1976). La bancarrota de la II Internacional. In *Obras escogidas en doce tomos* (Vol. 5, pp. 219–275). Progreso.

Löwy, M. (2007). El marxismo en América Latina. In *Journal of Chemical Information and Modeling* (Vol. 53, Issue 9). LOM Ediciones.

Luxemburgo, R. (1981). ¿Reforma o revolución? In *Obras Escogidas* (Vol. 1, pp. 27–84). Editorial Era.

Marx, Carlos; Engels, F. (1981). Manifiesto del Partido Comunista. In *Obras Escogidas: Vol. I* (pp. 110–140). Progreso.

Monzón, A. (2019). *De 2007 a 2019: las claves de la crisis que se avecina*. El Independiente. <https://www.elindependiente.com/economia/2019/10/05/2007-2019-claves-crisis-avecina/>

Plejánov, G. (2017). *Cuestiones fundamentales del marxismo*. Alejandría proletaria.

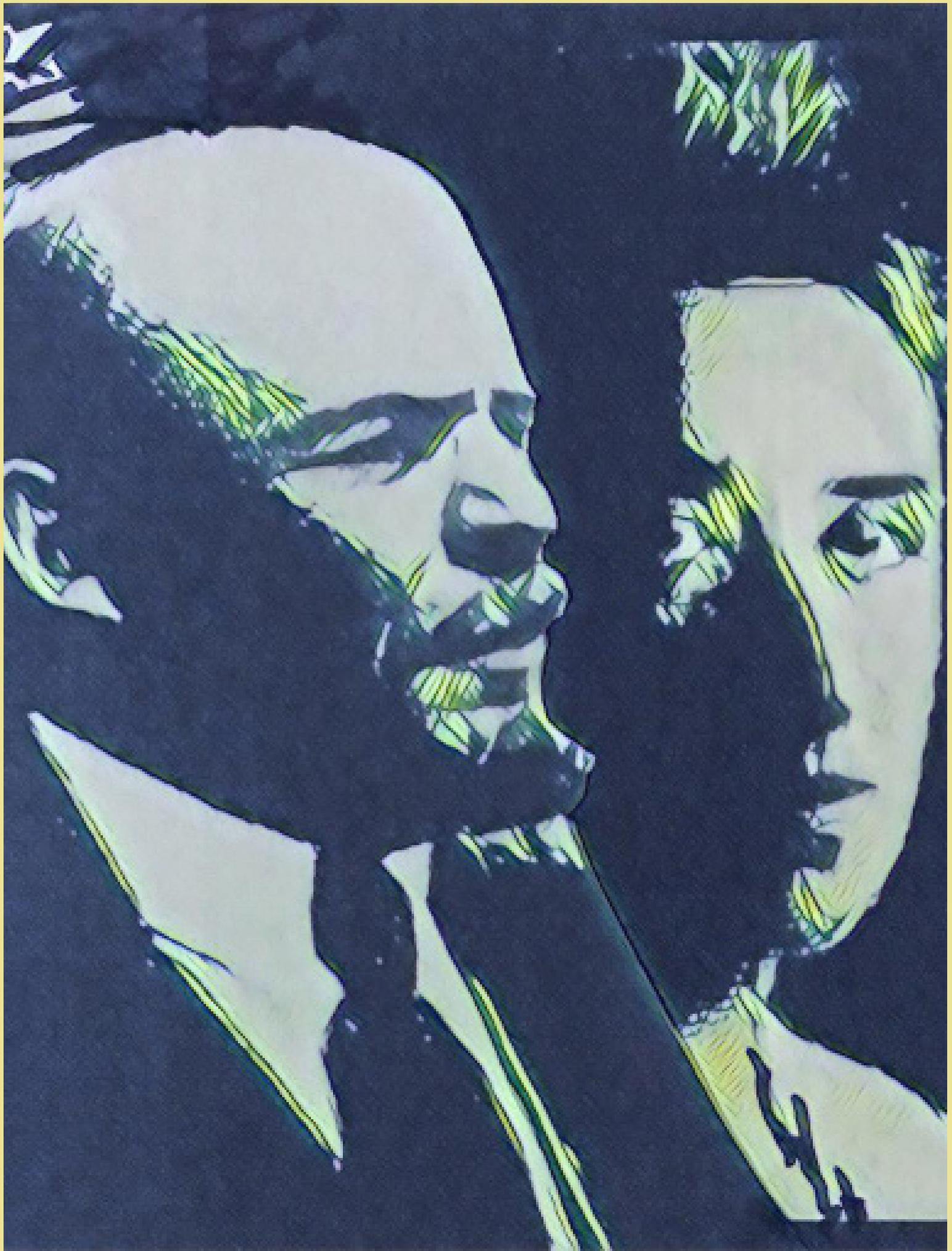
Roubini, Nouriel; Rosa, B. (2018). *We are due a recession in 2020 – and we will lack the tools to fight it*. The Guardian. <https://www.theguardian.com/business/2018/sep/13/recession-2020-financial-crisis-nouriel-roubini>

Ruíz, M. (2019). Claves ocultas de la nueva crisis económica. *Año Cero*, 348/284, 34–49.

Selfa, L. (2021). *Etats-Unis. Les limites du plan de Biden pour «redresser» la politique étrangère*. AL'encontre. <http://alencontre.org/ameriques/americnord/usa/etats-unis-les-limites-du-plan-de-biden-pour-redresser-la-politique-etrangere.html>

Skidelsky, R. (2020). *La fantasía monetarista terminó*. El Economista. <https://www.eleconomista.com.mx/opinion/La-fantasia-monetarista-termino-20200218-0002.html>

Tarcus, H. (2014). Tomáš G . Masaryk y la invención de la “ crisis del marxismo” *Políticas de La Memoria*, 14, 33–46. https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/28405/CONICET_Digital_Nro.4467f16a-3905-4bba-



TEORÍAS MARXISTAS DE LA CRISIS: CRISIS ORGÁNICA EN GRAMSCI (III PARTE)

*Sergio De Zubiría Samper**

El despliegue y agudización de la crisis sanitaria planetaria, ha develado la íntima relación entre la formación social capitalista y los orígenes de la actual situación. Estamos cabalgando, de manera sincrónica, sobre cuatro profundas crisis, que tienen raíces históricas profundas: la crisis capitalista, la crisis de hegemonía de la potencia norteamericana, la crisis de las formas de subjetivación y la catástrofe ecológica. Retorna con gran capacidad explicativa, la categoría de tendencias a la crisis, que algunas tradiciones teóricas han pretendido sepultar.

Estas reflexiones han concentrado sus esfuerzos en la comprensión de las teorías marxistas sobre la crisis de capitalismo. Partimos de la constatación histórica de como la modalidad neoliberal de acumulación de capital, hegemónica desde mediados de la década del setenta del siglo XX, ha tenido efectos devastadores en la totalidad social. Las predicciones de N. Klein y D. Harvey, al denominar respectivamente a este periodo “capitalismo del desastre” (2007) y proceso de “acumulación por desposesión” (2005), han mostrado la violencia estructural de este capitalismo contra la sociedad y la naturaleza.

Hemos realizado un recorrido panorámico por las teorías de la crisis capitalista en cuatro pensadores clásicos: Marx, Engels, Luxemburgo y Lenin. También hemos subrayado los límites de una visión “panorámica”, en la cual, se pierden matices, debates y mayores profundizaciones. En la primera entrega nos

* *Profesor catedrático Departamento Filosofía Universidad de los Andes. Docente-Investigador Doctorado Bioética Universidad El Bosque. Presidente Fundación Walter Benjamin.*

No pueden insinuarse separaciones entre lo económico, lo político, lo intelectual y lo moral, partiendo de las diversas lógicas de construcción de hegemonía, porque siempre estas dimensiones interactúan de forma compleja en cada uno de los momentos de construcción

centramos en las reflexiones de los dos primeros sobre la “crisis sistémica” capitalista y las tendencias a las crisis de sobreproducción (“superproducción”), sobreacumulación y tasa decreciente de ganancia. La segunda entrega explora la tarea de pensar la nueva fase de acumulación capitalista y su tendencia a la crisis sistémica por Luxemburgo y Lenin. Mientras el revisionismo sostiene la atenuación progresiva de las contradicciones del capitalismo y va abandonando la teoría de la lucha de clases, estos dos marxistas revolucionarios se ubican en el legado de Marx y Engels. Rosa como activista política y profesora de la Escuela Central del Partido Socialdemócrata Alemán, a partir de octubre de 1907, profundiza sus estudios de economía política para la caracterización de la época; fruto de una inmersión profunda en los clásicos, publicará en 1913, su “*magnum opus*” (E. Mandel), *La acumulación de capital*. Lenin dedicará su último exilio (1908-1917) a las tareas de la organización política y una profunda inmersión en la filosofía clásica; que lo llevará a publicar ese texto imprescindible, para comprender la crisis del capitalismo, en la primavera de 1916, *El Imperialismo fase superior del capitalismo*.

Pretendemos en este escrito exponer algunos aportes del revolucionario italiano Antonio Gramsci al análisis de las crisis de la forma social capitalista. Para comprender su concepción de “crisis” es necesario acercarse a dos categorías: la noción de hegemonía y su visión de “crisis orgánica”. Dedicamos la primera parte a las “lógicas” de construcción de hegemonía y la segunda a los elementos constitutivos de la “crisis orgánica”.

Lógicas de construcción de hegemonía

Con fines analíticos se podrían discernir tres lógicas de construcción de hegemonía en Gramsci, que algunos autores denominan “versiones” o “conceptualizaciones”. Vamos a denominar “lógicas” a aquellos procesos que ponen su énfasis en el “cómo” realizar la construcción de hegemonía; aluden al “método” pero van más allá de este; son conceptualizaciones que deben tener una dimensión en la *praxis*. Esta distinción meramente analítica no debe llevar a equívocos como convertirlas en antagónicas o priorizar una sobre las otras. Intentaremos insistir en su complementariedad dialéctica.

La primera lógica radica en la capacidad del proletariado de convertirse en clase dirigente y dominante que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de población trabajadora. En términos generales se conoce como la necesidad de “alianzas entre clases” para poder construir hegemonía. La tradición gramsciana destaca algunos ejes en esta alianza de clases: a) El carácter de subjetividad política activa del proletariado, la necesidad de convocar al campesinado y al pueblo trabajador; b) La relevancia que este grupo social deba ser “dirigente” aún antes de la conquista del poder gubernamental; c) La condición estratégica de consolidar una revolución anticapitalista. Esta compleja y muchas veces contradictoria alianza de clases subalternas se configura en un “nuevo bloque histórico”. Esta noción de clara estirpe gramsciana no es una simple amalgama informe de intereses, ni tampoco un acuerdo burocrático, sino la muestra de la capacidad de la clase dirigente en ascenso para orientar al conjunto de la sociedad. Para cumplir este papel dirigente debe cumplir ciertas condiciones, entre ellas: 1) Ejercer su actividad de dirección política y cultural sobre las clases aliadas, en el contexto de la “gran política”, convocando siempre a otras subjetividades políticas a las tareas transformadoras; 2) Por

su función decisiva en la estructura económica vigente, contener como clase, la superación de las clases y del capitalismo; 3) Integrar al bloque histórico el movimiento de los “intelectuales” en una unidad orgánica con el pueblo-masa; 4) Consolidar una nueva concepción del mundo capaz de irradiarse sobre el conjunto del bloque histórico a fin de superar el sentido común hacia el “buen sentido”.

Esta primera lógica de construcción, antes que distanciar a Lenin con Gramsci, lo que hace es mostrar sus cercanías: la hegemonía para ambos teóricos implica necesariamente pensar a fondo los tipos de alianzas entre las clases subalternas. No consideramos pertinente la insinuación que debe ser superada la primera lógica de construcción (“alianza de clases”) por su cuño demasiado leninista. Debe ser una interacción que modifica a los sujetos intervinientes: no es concebible una alianza hegemónica que mantenga imperturbables a las intersubjetividades políticas participantes. No pueden insinuarse separaciones entre lo económico, lo político, lo intelectual y lo moral, partiendo de las diversas lógicas de construcción de hegemonía, porque siempre estas dimensiones interactúan de forma compleja en cada uno de los momentos de construcción.

De manera simultánea, interactuando, se despliega la segunda lógica de construcción de hegemonía. Consiste en que esta “alianza de clases” reconozca la “dirección intelectual y moral” de un sector social dirigente. El acento está en el reconocimiento por parte de ese “bloque histórico” de un sector social como “dirección”. La alianza política de clases también debe ser siempre una dirección intelectual y moral. Tenemos tres problemas a enfrentar: qué comprender por “dirección”, por “intelectual” y “moral”. De forma provisional y reiterando que Gramsci no realiza definiciones esencialistas sino contextuales, podemos interpretar la “dirección” como el reconocimiento consciente o adhesión por un consenso “racional” del papel de conducción de un sector social en el bloque histórico (en tradiciones weberianas se podría utilizar “legitimidad”). Con relación a “intelectual” y “moral” existen por lo menos dos rutas posibles de análisis. La primera considera que es impertinente una separación entre estas dos dimensiones, por el carácter profundamente ético de la teoría social del

pensador italiano (“la filosofía y la moral siempre son unitarias”), por tanto, lo “intelectual” es al mismo tiempo moral y cultural. La segunda, distingue las dimensiones morales e intelectuales, y, aproxima lo intelectual mucha más a lo “ideológico” que a lo “moral”.

La lógica de construcción de hegemonía no se agota en la “alianza de clases” ni en la “dirección intelectual y moral”, existe una dimensión muy relevante que podemos denominar “formas” o “modos de vida”. Es necesario destacar cómo Gramsci logra analizar el capitalismo no sólo como una forma de producción económica, sino también como una forma de vida. El revolucionario italiano utiliza los vocablos “forma de vida” y “modos de vivir”, siempre muy cerca y en articulación con cultura e ideología, pero no se subsume en ellas. Tampoco nos facilita una definición esencialista de las “formas” o “modos de vivir”, pero sus análisis concretos exigen la categoría como una lógica complementaria de construcción de hegemonía.

En su texto *“Americanismo y Fordismo”* de *Cuadernos de la Cárcel*, despliega un análisis de las formas de vida concretas en el afianzamiento de la hegemonía. Mientras en Norteamérica la existencia de ciertas condiciones preliminares permitió hacer girar toda la vida del país alrededor de la producción fordista con una mínima cantidad de intermediarios profesionales de la política y la ideología (“la hegemonía nace de la fábrica”), el interrogante que abre Gramsci es si la hegemonía fordista se podría imponer a nivel de Europa y luego a nivel planetario sin esas condiciones preliminares; convertirse en la “nueva forma de vida” de toda la especie humana. Una pregunta radical e importante, anticipada por este inmenso pensador: ¿Existe acaso una especie de “técnica civilizatoria”, que, modificando las formas de vida, lleve a un mundo en el cual sólo exista una sola forma de vida hegemónica? En sus propios términos: “se trata de saber si se está verificando una transformación de las bases materiales de la civilización europea, lo que a largo andar (y no muy largo, porque en el período actual todo es más rápido que en el pasado) conducirá a un trastocamiento de la forma de civilización existente y al nacimiento forzoso de una nueva civilización” (*Cuadernos*, Tomo 1, p. 316).

Gramsci entra en polémica con aquellas visiones que conciben la construcción de hegemonía como etapas evolutivas, tiempos rectilíneos y ascendentes; en general, como una filosofía de la historia marcada por unas “leyes” (científicas) que tienden a una “forma ideal” de gobierno

Hemos diferenciado analíticamente tres lógicas de construcción de la hegemonía, destacando que no operan de forma independiente sino articulada y complementaria. También la inexistencia de definiciones esenciales o unilaterales de cada una de ellas. Pero siempre el mayor desafío es su análisis y comprensión en situaciones históricas concretas.

Crisis orgánica y Hegemonía

La crisis se manifiesta como una crisis en la construcción de hegemonía, por eso, para el pensador italiano “si la clase dominante ha perdido el consenso, o sea, si ya no es “dirigente”, sino únicamente “dominante”, detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las grandes masas se han apartado de la ideología tradicionales, no creen ya en lo que antes creían, etcétera. La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados” (*Cuadernos*, Tomo 2, p. 37). La “alianza de clases” que debe orientar la dirección “moral e intelectual” ha perdido su capacidad de afianzar determinados “modos de vida”; es una crisis en la correlación de fuerzas entre clases. La clase dominante ha perdido su capacidad de “dirigir” el proyecto histórico de una sociedad.

Con gran lucidez el pensador italiano caracteriza los rasgos de una situación de crisis de hegemonía. Primero, se trata de interacciones subjetivas entre clases y no exclusivamente causas “objetivas “o “económicas”; la clase dominante ha perdido el consenso y las grandes masas se apartan de la ideología de esa clase; no acogen su liderazgo moral e intelectual. Segundo, se manifiesta como un “interregno” porque lo viejo muere, pero “lo nuevo no puede nacer” aún. Tercero,

en contra de visiones evolucionistas y lineales de la historia (dominantes en la II Internacional) en este “interregno” pueden emerger los “fenómenos morbosos más variados” (retrocesos, contrarrevoluciones, burocratización, corrupción, escepticismo, etc.).

Gramsci entra en polémica con aquellas visiones que conciben la construcción de hegemonía como etapas evolutivas, tiempos rectilíneos y ascendentes; en general, como una filosofía de la historia marcada por unas “leyes” (científicas) que tienden a una “forma ideal” de gobierno. Una especie de “historiografía causal” (Arendt) al pretender explicar las situaciones históricas por sus “causas pasadas”. Un paradigma “etapista” que predominó en cierto “marxismo” socialdemócrata de la II Internacional. En oposición a esta mirada, en las últimas décadas han surgido teorías políticas que postulan la relevancia del acontecimiento, lo accidental y lo contingente en la praxis política; ante todo, en clara oposición al determinismo del marxismo “ortodoxo” y en camino a la recuperación del papel de las subjetividades políticas en la orientación de la historicidad. En el campo político se dan discontinuidades donde “todo cambia”, situaciones que parecían imposibles solamente meses o incluso días antes se pueden desatar; aperturas a la absoluta novedad y lo desconocido.

En sus reflexiones sobre *¿Qué es la política?*, Hannah Arendt insiste en lo imprevisible, lo inesperado e inexplicable causalmente en el ámbito de lo político. Postula en los asuntos humanos “improbabilidades absolutas” que llega a denominar “acontecimientos-milagro”; se presentan como un nuevo comienzo (*Anfang*) que interrumpe la cadena de los sucesos históricos. La actividad política por excelencia contiene, para esta pensadora, el comienzo de algo radicalmente nuevo e inesperado. La profundidad de la teorización de Gramsci



ha llevado a interpretaciones que destacan la lógica de lo contingente en su obra política (Butler, Zizek, Laclau, Mouffe).

En la caracterización de la “crisis”, para el revolucionario, es necesario distinguir entre “crisis coyuntural”, “crisis cíclica” y “crisis orgánica”. Mientras la “crisis coyuntural” es inmediata, ocasional, “casi accidental” y depende de factores variables y en desarrollo, las “crisis orgánicas” son de larga duración, de carácter mundial, revelando la maduración de contradicciones insanables en el conjunto de la vida social. La “crisis cíclica” implica la reiteración de un periodo de crisis capitalista, pero no desemboca en la destrucción de esta forma social. La “crisis orgánica” equivale a lo que Marx y Engels denominaron “crisis sistémica”, porque conlleva a la disolución de la hegemonía capitalista. En sus propias palabras: “(...) controlar esta crisis es imposible precisamente por su amplitud y profundidad, unidad en tal medida que la cantidad se convierte en calidad, o sea crisis *orgánica* y no ya de *coyuntura*” (*Cuadernos*, Tomo 3, p. 333).

El marxista español Antonio Olivé postula que la crisis orgánica en Gramsci contiene principalmente cinco elementos. El primer elemento identifica la “crisis” con una fase histórica compleja, de larga duración y de carácter mundial, por ello, es tan importante el análisis de la primera Guerra Mundial como manifestación de la crisis capitalista mundial. El segundo elemento es la necesidad de involucrar al conjunto de la totalidad social y no reducirla a aspectos particulares, como una “crisis de autoridad”, “financiera”, “política”, “económica”; etc; se trata siempre de una crisis de totalidad como el sacudimiento de un “bloque histórico” completo. El tercero se presenta como la contradicción capitalista que se agudiza entre el cosmopolitismo de la vida económica (las dimensiones mundiales del mercado) y la pretensión de un cierto nacionalismo en la vida estatal, cuyo ejemplo dramático

también es la primera Guerra Mundial. El mercado económico internacional se va constituyendo en el “lugar de competencia” (Olivé, p. 4) entre los grupos económicos dominantes nacionales. El cuarto elemento está ya implícito en los anteriores, pero es conveniente acentuarlo: el origen de la crisis orgánica es “un cambio global de las relaciones de fuerza entre las clases y los Estados” (Olivé, p. 5). El quinto elemento consiste en la ruptura de los “automatismos dados” de carácter ideológico con la clase dominante y el surgimiento de comportamientos colectivos alternativos que no logran expandirse hasta tal punto que puedan sustituir a los precedentes; lo que Gramsci denomina el “interregno” y la propensión en esos periodos a la emergencia de “los fenómenos morbosos más variados”.

La teoría de la crisis en Gramsci conlleva la comprensión profunda de las lógicas de construcción de hegemonía y su desenvolvimiento en una “crisis orgánica” del capitalismo. Es una concepción de la crisis siempre en clave de subjetividades y relaciones de fuerzas entre clases, donde cumplen un papel determinante la formación ideológica en sus dimensiones culturales, educativas y morales.

Hemos realizado un recorrido panorámico por las teorías de la “crisis” en cinco pensadores clásicos: Marx, Engels, Luxemburgo, Lenin y Gramsci. Reconocemos los límites de una visión “panorámica”, en la cual, se pierden matices, debates y profundizaciones. Es Marx, el primer pensador que integra el concepto de crisis a las ciencias sociales, en el sentido de un “crisis sistémica”. Estamos convencidos que comprender la complejidad de nuestra época exige una apropiación de este concepto central del pensamiento crítico: la crisis que afecta tanto al capitalismo como al proyecto de la ciencia y la cultura Europea en su conjunto.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. ¿Qué es la política? Barcelona: Paidós, 1998.

Balsa, J. *Hegemonías, sujetos y revolución pasiva*. Panamá: CELA, 2007.

Gramsci, A. *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era, 1981.

Olivé, A. (07/12/2012). *La crisis según Gramsci*. Recuperado de: <https://kmarx.wordpress.com/2012/12/07/la-crisis-segun-gramsci/>

Ramírez, Yebraíl “*La herencia de un prisionero: Gramsci, la cárcel, la hegemonía y el espíritu de escisión*” (Ponencia) Grupo Espectros.



CRISIS DEL FEMINISMO O CRÍTICA POSTERGADA AL FEMINISMO LIBERAL Y HEGEMÓNICO

Ese proyecto feminista que aspira a la superación de la “desigualdad de género” o de la dominación y opresión de las mujeres o, incluso, en su última acepción, a la superación misma del género dicotómico-binario y que dice no escatimar por origen y condición; ese mismo feminismo que ha sido parte importante en la definición de lo posible y lo deseable, el que nos ha señalado lo que constituye la máxima superación de las cadenas que nos condenan al ostracismo de acuerdo a los imperativos evolutivos de la sociedad tal cual lo pregona el proyecto de la modernidad iluminista; ese que promete, y con ello promueve, volvernos igualmente humanas (porque “los derechos no son humanos si no incluyen a las mujeres”; porque al fin todos debemos ser humanos) se nos torna a varias de nosotras ya no solo insostenible sino impedimento para una real transformación que trastoque los sentidos de la organización social y el orden histórico-político-económico en su conjunto, y que revierta la idea entre lo humano y lo no humano y la episteme de diferenciación jerarquizada entre lo que se considera lo uno y lo otro.

Yuderkys Espinosa

Maira Ortiz Mendoza .*

Arenas y pitos. Carteles y grafitis. Batucadas y explosiones. Indignación y represión. Y diversos aderezos acompañaron el *Estallido feminista* este 8 de marzo. Una movilización conmemorativa que en algunas ciudades representó escenas genuinas de la lucha popular. Confrontaciones, organizadas o espontaneas, que evidencian la fuerza que viene adquiriendo el feminismo en el mundo. Especialmente en el plano político y en el movimiento social. De hecho, si hay un tópico que más ocupa las redes sociales ¹ y las deliberaciones de cafetín es justamente este. Ya hasta parece un discurso aceptado en los círculos bien pensantes y políticamente correctos de nuestra sociedad. Incluso, hasta el sistema se viste de color violeta.

* Lic. Ciencias sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Magíster en educación de la Universidad Pontificia Javeriana. Docente Universitaria.

¹ Aunque infortunadamente se inundan las redes y se tornan feministas, pero, mayoritariamente, con la práctica del escrache. Un morbo mediático que se alimenta de la visión victimista de las mujeres. Es decir, nos ocupamos de los temas de las “mujeres” pero solo para saber cuál es la “nueva” víctima del patriarcado y de la violencia sexual. Y no para conocer de las reflexiones y propuestas que emergen gracias al feminismo.

Ya no hablamos, ingenuamente, de nosotras las mujeres. De unidad homogénea ni de sororidad –concepto judeocristiano, por demás- entre todas las mujeres. Sino que, pensando en el proceso de esclavización o de colonización, tenemos claro que las mujeres de color dejaron sus vidas para mantener el status –aunque ciertamente desigual respecto al del hombre- de las otras mujeres

Por esa razón, por la inusitada relevancia que viene adquiriendo el tema del feminismo en la actualidad, parece una locura titular un artículo evocando la idea de la crisis de un movimiento primaveral o en efervescencia. No estaría en crisis unas “acciones” que se cotizan al alta en Wall Street o en las estructuras clandestinas. Lejos de la bancarrota, asistimos a las mieles de la bonanza.

Sin embargo, estas mieles a veces tienen un sabor agridulce. O por lo menos así me lo parece. Por un lado, es dulce y grato ver la aceptación y el reconocimiento en defensa de las mujeres. Este centro de atención, indudablemente, debe congratularnos y satisfacernos. Pero este reconocimiento, bienintencionado o no, también puede ser amargo. Principalmente cuando se impone, casi que hegemónicamente, una tendencia feminista despolitizadora. Una corriente que pretende una unidad cosmética entre mujeres –en virtud de categorías como el sexo o el género- desestimando las posiciones de clase, las historias de vida y los distintos intereses que nos mueven. Una perspectiva política que, al ocultar la vida material de “las mujeres”, bien podría ser catalogada como liberal. Liberal porque enfatiza en ideales abstractos. En igualdad de derechos ante la ley. Y en la inclusión de las mujeres al sistema. Ojalá como patronas, presidentas, diputadas, senadoras o concejales. Es decir, como exitosas y empoderadas.

Si esto es así, y si nos ponemos un poquito suspicaces, se puede decir que se viene imponiendo en el feminismo la visión de las mujeres privilegiadas. Burguesas y blancas que ahora quieren gobernar el mundo desde la visión femenina. No importa que, al final de la *juntanza*, el mundo siga igual. Un mundo tal cual como lo conocemos, solo que incluya en la administración a las excluidas.

Ahora bien, como esta visión política parece guiar y orientar al movimiento feminista, se hace necesario confrontarla. Sobre todo, para estimular las voces de las mujeres de color ² que no son tenidas en cuenta. Pero que, pese a eso, luchan y construyen un feminismo emancipador, popular, de clase obrera, negro, indígena, subalterno y revolucionario. Un movimiento rebelde e insurreccional que va poniendo en crisis al feminismo liberal, blanco y hegemónico.

Así las cosas, vindico y elogio en este artículo un feminismo sedicioso que ayude a destruir el sistema capitalista y patriarcal. Pueda ser que la mirada de lo que se llama feminismo descolonial encaje en esta idea desestabilizadora. Quizá nos sirva de dinamita para nuestros propósitos. Por tanto, en adelante, me permito hacer una exaltación y breve reconstrucción de esta propuesta.

Crítica a una visión teórica compartida.

Al interior del movimiento feminista compartíamos la convicción de que las mujeres vivimos una condición de subordinación respecto a los hombres. Creíamos que esa dominación se levantó en virtud del género o el sexo y en función de las conceptualizaciones que se han hecho de ellos. Partíamos, en algún momento, de la certeza de la “(...) necesidad histórica de aparición del feminismo como movimiento social que aglutina a “las mujeres” (cualquiera que sea nuestra postura respecto de quién cabe en la categoría) y que busca revertir el orden específico de dominación que le es propio” (Espinosa, 2016, p. 143).

No obstante, como dice Espinosa (2016), últimamente se viene interpelando ese “tropo compartido”. Esa convicción feminista aceptada revela varios problemas. Nuestra existencia concreta constata varias contradicciones que deben ser tenidas en cuenta al interior del feminismo. Cada vez, con mayor fuerza, vamos comprendiendo que las categorías de análisis, o los basamentos teóricos de este feminismo blanco, burgués y liberal tienen muchas dificultades.

² *María Lugones llama mujeres de color no “a una identidad que separa, sino a una coalición orgánica entre mujeres indígenas, mestizas, mulatas, negras: cherokees, puertorriqueñas, sioux, chicanas, mexicanas, pueblo, en fin, toda la trama compleja de las víctimas de la colonialidad del género. Pero tramando no como víctimas, sino como protagonistas de un feminismo decolonial. La coalición es una coalición abierta, con una intensa interacción intercultural” (Lugones, 2008, p. 75).*

De hecho, desde una perspectiva nuestra, edificada desde *Abya Yala*, sostenemos que las categorías o los intereses que se reivindican, dentro de cada grupo social, enarbolan los intereses y banderas del sujeto privilegiado que compone dicho espacio. Es decir, estas categorías que se tornan homogéneas, incluso dentro del feminismo, describen, al final de cuentas, los intereses del “sujeto” de mayor relevancia o mayor visibilización. “(...) por lo tanto, «mujer» selecciona como norma a las hembras burguesas blancas heterosexuales, «hombre» selecciona a machos burgueses blancos heterosexuales, «negro» selecciona a machos heterosexuales negros y, así, sucesivamente” (Lugones, 2008, pág. 82).

Esta idea nos devela que el feminismo homogéneo ensombrece la vida de las mujeres de color o las mujeres subalternas y que, como resultado, solo reivindica los intereses de las mujeres que, por diversas razones, tienen mayor privilegio. Bien por su raza, por su clase o por su etnia ³. Por eso decimos que el feminismo hegemónico –al ocultar estas otras categorías- reproduce conflictos entre mujeres que nos separan o distancian “(...) de tajo del cuarto propio compartido” (Espinosa, 2016, p.144).

Bajo estos presupuestos críticos ya no hablamos, ingenuamente, de *nosotras las mujeres* ⁴. De unidad homogénea ni de sororidad –concepto judeocristiano, por demás- entre todas las mujeres. Sino que, pensando en el proceso de esclavización o de colonización, tenemos claro que las mujeres de color dejaron sus vidas para mantener el *status* –aunque ciertamente desigual respecto al del hombre- de las otras mujeres.

³ Cuando hablamos de feminismo, insistimos que la categoría de género o sexo son inseparables de categorías como clase, raza, etnia.

⁴ Yuderkys Espinosa llama a esta aspiración comunidad imaginada. Me parece, en todo caso, que este es un fetichismo idealista producto de la política de la identidad que reivindica el feminismo liberal.

Es más, para ser justas, cuando se dice en abstracto que estuvimos relegadas a la esfera privada, al hogar, a la reproducción y a las tareas del cuidado, hoy decimos que no todas las mujeres se dedicaron a esos roles. Las privilegiadas no cuidaban a sus hijos, ni destinaban su tiempo a los quehaceres del hogar. Para eso tenían a las “*mucamas*”. Mujeres de color empobrecidas que las sustituían en esas labores, mientras ellas se dedicaban a la vida social. También es claro que las mujeres negras o indígenas nunca se quedaron relegadas en su “esfera privada”. En sentido cabal, desde siempre, se nos obligó a salir del hogar para trabajar esclavizadas en los campos, en las plantaciones o en las cocinas de las patronas.

Probable genealogía del feminismo descolonial.

Según algunas compañeras, el feminismo descolonial o decolonial recopila las tradiciones críticas al feminismo blanco y liberal. Retoma “(...) el *black feminism*, el feminismo de color, el feminismo poscolonial pero también el feminismo materialista francés y el feminismo posestructuralista” (Espinosa, 2016, p. 144). Se acerca e incorpora también la perspectiva de un feminismo comunitario, latinoamericano, indígena y de clase. En definitiva, es una apuesta por constituir un feminismo, tanto teórica como políticamente, emancipador. Un feminismo de las mujeres de color y *las de abajo*.

Este tipo de feminismo se basa en la comprensión y profundización de las condiciones que hicieron posible, a través de la historia, la opresión y la dominación. Muchas compañeras sostienen que estas estructuras sociales no se explican sólo por el género o el sexo, sino en virtud de otros sistemas de abyección. Por eso desde el feminismo descolonial se considera que un “(...) programa de investigación *modernidad/colonialidad* ayuda a completar una comprensión más adecuada de la matriz de poder” (Hill Collins, 1999, en Espinosa, 2016, p. 147).

Dicha relación *modernidad/colonialidad* parece que se basó, en principio, en la noción de la *colonialidad del poder* que propuso Aníbal Quijano. Este elemento: “(...) permite recuperar distintas voces que antes ya han hecho interesantes análisis de los efectos del colonialismo en las sociedades contemporáneas tomando en consideración diversos sistemas de opresión articulados” (Curiel, 2007, p. 2).

Hoy no solo conocemos y trabajamos sobre la colonialidad de poder – una relación de fuerza en donde la dominación humana se ejerce sobre la clasificación descrita- sino además nos percatamos de la colonialidad del saber y del ser

Aunque antes hubo dos pensadores, como señala Curiel (2017), que iluminan los estudios sobre el colonialismo: Aimé Césaire⁵ y Frantz Fanon⁶. El primero, desde los años treinta del siglo pasado, promovió el movimiento por la negritud. Este pensador “(...) sustentó su propuesta política en un análisis del colonialismo y el racismo, como vectores fundamentales del capitalismo y de la modernidad occidental, que se extendería no sólo a las relaciones económicas, sino al pensamiento y a los valores eurocéntricos” (Ibídem). Del segundo, de quien probablemente conocemos más, le adeudamos la idea que este mundo se dividió en dos: colonizadores y colonizados. Los primeros considerados como seres humanos y los otros no. Esta deshumanización ha justificado el “racismo, la violencia, la expropiación de tierras por parte de los colonizadores blancos europeos” (Curiel, 2007, p. 4).

Cabe advertir que ellos no solamente permiten comprender estas relaciones de poder sino también invitan a desafiar estos sistemas de dominación. Desafían el eurocentrismo y las secuelas colonialistas que aún lastiman a nuestros pueblos. Sin embargo, ellos no aportaron—quizá no tenían por qué hacerlo—elementos para entender, desde esta óptica, las cuestiones del género o la sexualidad. Por eso, a modo de complemento, se requiere del rescate de otras y otros pensadores. Una reivindicación de la obra de aquellos que se les denomina como pensadores del *giro decolonial*.

Es importante resaltar que cuando hablamos de colonialidad no hablamos de colonialismo. Pese a que existe una relación entre estas dos nociones, son cosas distintas. Es decir:

⁵ Aimé Fernand David Césaire nació en Martinica el 26 de junio de 1913. Y murió en Francia el 7 de abril de 2008.

⁶ Frantz Fanon nació también en Martinica el 20 de julio de 1925 y murió en Bethesda, Maryland, Estados Unidos el 6 de diciembre de 1961.

Colonialidad no significa lo mismo que colonialismo. Colonialismo denota una relación política y económica, en la cual la soberanía de un pueblo reside en el poder de otro pueblo o nación, lo que constituye a tal nación en un imperio. Distinto de esta idea, la colonialidad se refiere a un patrón de poder que emergió como resultado del colonialismo moderno, pero que, en vez de estar limitado a una relación formal de poder entre dos pueblos o naciones, más bien se refiere a la forma como el trabajo, el conocimiento, la autoridad y las relaciones intersubjetivas se articulan entre sí, a través del mercado capitalista mundial y de la idea de raza (Torres, 2007, p. 131).

Entonces podríamos decir que la colonialidad arranca con el colonialismo, pero no se limita con él. De otro modo: “(...) la colonialidad es una estructura de dominación y explotación que se inicia en el colonialismo, pero que se extiende hasta hoy día como secuela” (Quijano, 2000, En Curiel, 2007, p.6). Por lo tanto, para Aníbal Quijano, la colonialidad es un “patrón de poder global capitalista” (Lugones, 2008, p.77). Este patrón de poder se funda o se ejerce a partir de la clasificación racial o étnica –genérica, sexual y de clase- de los seres humanos. Como resultado: “(...) la población mundial se diferenció en dos grupos: superior e inferior, racional e irracional, primitivo y civilizado, tradicional y moderno” (Ibídem)⁷ .

De cualquier forma, esta estructura de dominación, en la que unos valen (europeos, blancos, poseedores de riqueza y consumidores) y los otros nada en absoluto (no europeos, de color, desposeídos y “parásitos”) patentan “(...) la naturalización del control eurocentrado de territorios y de sus recursos, una relación colonial con base al capital-trabajo, por tanto, salarial, que da lugar a clases sociales diferenciadas, racializadas y distribuidas por el planeta” (Curiel, 2007, p. 6).

Este tipo de dominación tiene influencias en otras dimensiones de la vida humana y en las relaciones intersubjetivas. Por eso hoy no solo conocemos y trabajamos sobre la colonialidad de poder –una relación de fuerza en donde la dominación humana se ejerce sobre la clasificación descrita- sino además nos percatamos de la colonialidad del saber y del ser. La primera refiere a que las necesidades

⁷ Si seguimos con las taxonomías binarias podríamos agregar varias en función de la cuestión sexual, de género y de raza.

cognitivas humanas están eurocentradas y responden a los intereses del capitalismo. Lo que quiere decir que:

(...) la medición, la cuantificación, la externalización (u objetivación, tornar objeto) de lo cognoscible en relación al sujeto conocedor, para controlar las relaciones entre la gente y la naturaleza y entre la gente misma con respecto a la naturaleza, en particular la propiedad sobre los medios de producción (Quijano, 2000. En Lugones, 2008, p.81).

En consecuencia, todos los saberes que se construyan por fuera de este marco de racionalidad hegemónica son considerados como no saberes o como simples pseudociencias. Por ende, nuestros saberes ancestrales y comunitarios son despreciados y minimizados. La academia canónica— incluso la teoría feminista— así lo comprueban.

Frente a la segunda noción, la de colonialidad del ser, el pensador dominicano Nelson Maldonado Torres (2007) nos advierte que es una construcción ontológica de la colonialidad en la que unos son considerados seres y otros no. Estos seres imponen su dominación sobre los no-seres. Ejemplo: proceso de conquista en nuestra Abya Yala y la discusión sobre si los indios tenían alma. Con esta perspectiva:

Nuevas identidades fueron creadas en el contexto de la colonización europea en las Américas: europeo, blanco, indio, negro y mestizo, para nombrar sólo las más frecuentes y obvias. Un rasgo característico de este tipo de clasificación social consiste en que la relación entre sujetos no es horizontal sino vertical. Esto es, algunas identidades denotan superioridad sobre otras. Y tal grado de superioridad se justifica en relación con los grados de humanidad atribuidos a las identidades en cuestión. En términos generales, entre más clara sea la piel de uno, más cerca se estará de representar el ideal de una humanidad completa. (Torres, 2007, p. 132).

Entonces, sobre la base de esto, el proyecto de colonialidad concedió estatutos ontológicos a unos y a otros no. Así como con la colonialidad del

saber, en el que unos piensan, saben y conocen y otros no lo hacen en absoluto. En este caso, unos *son* y los otros *no-son*. Los *no-seres*: “(...) están desprovistos de ser, no deben existir o son dispensables” (Ibídem).

Sistema *moderno-colonial* del género.

Estas ideas que son esclarecedoras para comprender mejor cómo se realiza la estructura actual de dominación, opresión y explotación sobre nuestros pueblos, pueden ser imbricadas o conectadas con la perspectiva de género y sexual. Especialmente porque

«colonialidad» no se refiere solamente a la clasificación racial. Es un fenómeno abarcador, ya que se trata de uno de los ejes del sistema de poder y, como tal, permea todo control del acceso sexual, la autoridad colectiva, el trabajo, y la subjetividad/intersubjetividad, y la producción del conocimiento desde el interior mismo de estas relaciones intersubjetivas. (Lugones, 2008, p. 79).

María Lugones, tomando la perspectiva inicial de Quijano, introdujo la noción de *sistema moderno-colonial* de género. Este es “aquél mediante el cual el colonizador produce e impone a los pueblos colonizados, al mismo tiempo y sin disociación, un régimen epistémico de diferenciación dicotómica jerárquica” (Espinosa, 2016, p. 153). Con esta idea, se entiende que, así como la raza es una categoría de clasificación colonial que legitima la opresión, explotación y dominación, la categoría de género también adquiere ese estatus. Estas categorías –género y raza-, como argumenta Espinosa (2016), son *co-constitutivas* de la misma episteme colonial. Por tanto: “(...) para Lugones, contrario a lo que ha sostenido el feminismo clásico, la categoría de género es correspondiente solo a lo humano, o sea, a los seres de razón cuyo origen, de acuerdo a esta clasificación racial, es europeo” (Ibídem).

Lugones, al entretrejer la perspectiva de colonialidad del ser con la noción de género, demuestra que aquellos que no se han catalogados como humanos no tienen género. Al ser tratados como bestias, se les describe desde el dimorfismo sexual (macho/hembra) pero nunca desde el género. Por esta razón es que, desde un feminismo situado, puesto en nuestro contexto, el género no explica nuestra situación de opresión. Ni siquiera nos describe. El género quizá sea una

Desde un feminismo situado, puesto en nuestro contexto, el género no explica nuestra situación de opresión. Ni siquiera nos describe. El género quizá sea una categoría aplicable para las mujeres blancas, europeas o norteamericanas. Burguesas. Pero no es correspondiente a nuestra realidad de “mujeres” subalternas

categoría aplicable para las mujeres blancas, europeas o norteamericanas. Burguesas. Pero no es correspondiente a nuestra realidad de “mujeres” subalternas.

En suma, por eso es que no hay un *nosotras las mujeres*. Las categorías en las que basamos nuestras explicaciones de dominación, opresión y explotación, ciertamente, afectan a las mujeres. Pero no a cualquier mujer. Ni a “todas” con la misma intensidad. El sistema de colonialidad, en relación al sexo o al género, afecta solo a las mujeres subalternas. A las mujeres de color, proletarias, indígenas, campesinas, etc.

Apuesta por el feminismo descolonial.

Esto significa, como se ha venido planteando, un giro, o una ruptura y una posición de combate contra el feminismo tradicional, liberal o hegemónico. No creemos en que solo las luchas del género y sus enfoques van a emanciparnos. Hacen falta conectar la *experiencia vivida* nuestra con otras formas y categorías de dominación. Por eso hablamos de las imbricaciones de las múltiples opresiones. Mujer, *per se*, no nos dice nada. Ni describe nuestra realidad. Ni representa nuestras luchas. Distinto a decir mujeres de color explotadas por el sistema colonial de dominación y por la relación capital-trabajo.

Si esto es así no creemos en el separatismo. En el particularismo de las luchas. Ni en las luchas individuales de las feministas liberales. Ni en espacios solo para mujeres, pues sabemos que nuestras comunidades –independientemente de su sexo- son las que están siendo heridas. Y por nuestras comunidades y territorios también luchamos.

En conclusión, nuestra lucha por un mundo nuevo involucra a todos y *todes* –hombres, mujeres y aquellos que no se asumen ni como hombres ni como mujeres– que luchan contra el capitalismo, el racismo, el heterosexismo y los distintos

sistemas de dominación, opresión y explotación. Luchamos por revolucionar todas las esferas de la vida social y por construir el futuro.

Referencias bibliográficas

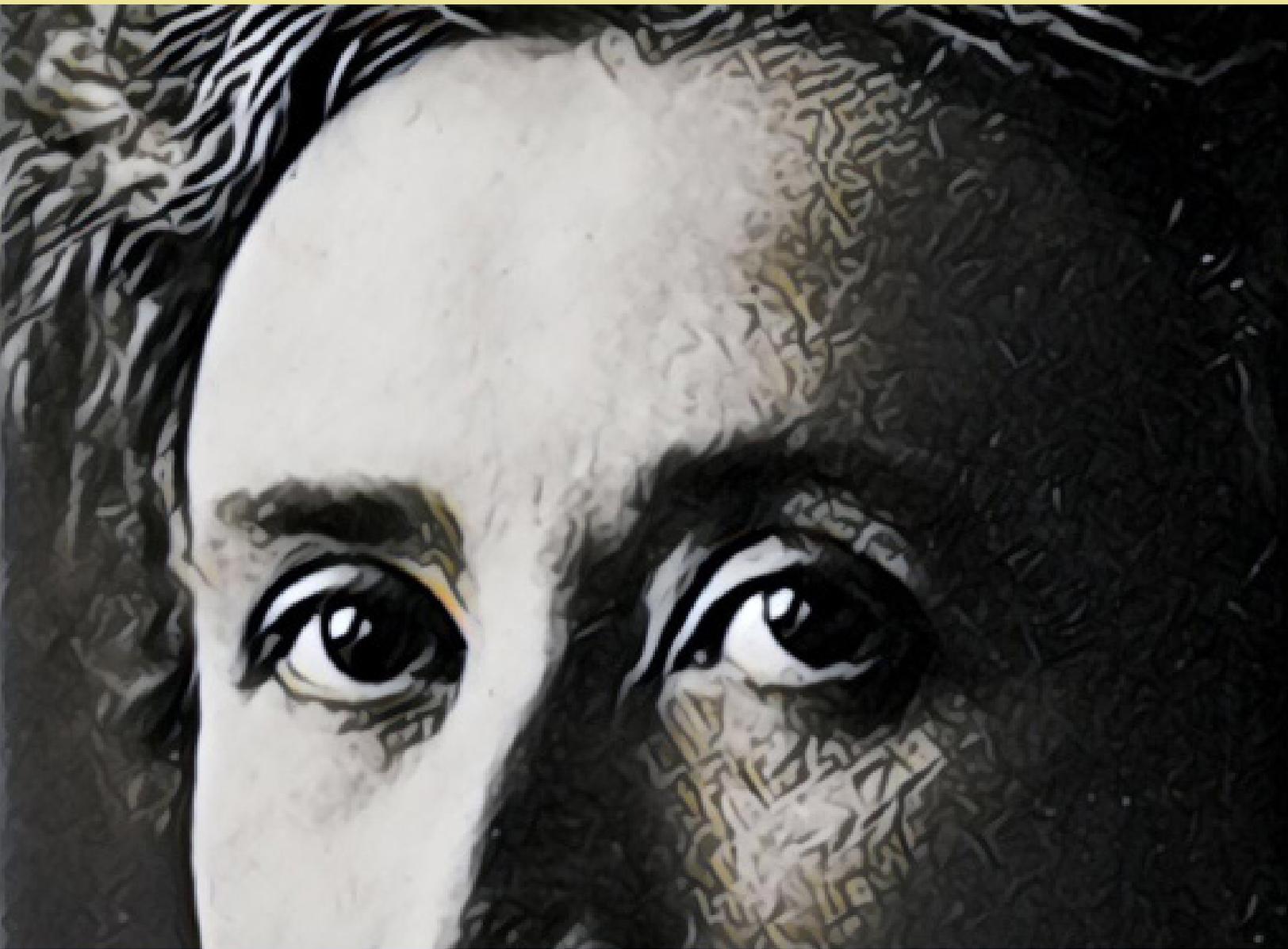
Curiel, O. (2007). La crítica poscolonial de las prácticas políticas del feminismo antiracista. *Nómadas*, 1-25.

Espinosa, Y. (2016). De por qué es necesario un feminismo descolonial: diferenciación, dominación co-constitutiva de la modernidad occidental y el fin de la política de la identidad. *Solar*, 141-171.

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula rasa*, 73-101.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. *CLACSO-UNESCO*, 201-246.

Torres, N. M. (2007). Sobre la colonialidad del ser: Contribuciones al desarrollo de un concepto. En S. C.-G. Grosfoguel, *el giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (págs. 127-167). Bogotá: Siglo de hombres editores.



APÉNDICE**LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL***Rosa Luxemburg*

En el año 1913 Rosa Luxemburgo, única mujer formadora de la escuela de economía política del Partido Socialdemócrata Alemán, publica, fruto de sus investigaciones sobre las tesis de acumulación en *El capital* de Marx, el texto *La acumulación del Capital*. En este escrito hace una brillante y profunda lectura de los factores históricos en lo que se desarrolla el proceso de acumulación del capital y como estos factores le sirven de soporte para la mitigación de sus crisis periódicas. Rosa parte de la identificación de las limitaciones de la propuesta de Marx, que ubica, según la autora, este fenómeno en un plano excesivamente teórico.

La acumulación del capital se divide en tres grandes secciones: en la primera, “el problema de la reproducción”, se identifican los postulados teóricos desde Smith a Marx sobre el problema de la reproducción del capital. La segunda sección, “exposición histórica del problema”, presenta en forma de “asaltos” los principales debates en torno a este tema entre teóricos del pensamiento marxista. Por último, en la sección tercera, “Las condiciones históricas de la acumulación”, se exponen las tesis de la propia Rosa sobre los factores históricos esenciales en el proceso de reproducción ampliada del sistema capitalista.

El aparte que presentamos a continuación con el título “La reproducción del capital y su medio ambiente” se ubica en la última sección y corresponde al capítulo XXVI del libro. En este capítulo, Rosa expone de manera magistral cómo la reproducción ampliada del capital procede de fuentes diferentes al modo de producción capitalista. La reproducción ampliada según la autora, que se compone por tres elementos: capital variable; capital constante y plusvalía, solo

El incremento de la productividad del trabajo, que es el método más importante para acrecentar el beneficio, encierra la utilización ilimitada de todas las materias y condiciones que la tierra pone a nuestra disposición, y está ligado a ella. El capital no consiente, por su esencia y su manera de existir, ninguna limitación en este sentido

puede soportarse en la explotación y expropiación de las partes no capitalistas del planeta. Los tres elementos de la reproducción se fundamentan tanto en el modo de producción capitalista como en la riqueza de territorios y sistemas de producción ajenos a este. Nos demuestra Rosa como el primer elemento, la plusvalía, se soporta en el consumo que de los productos del capital se hace en otras partes del mundo no capitalista; el segundo elemento, el capital constante, se nutre de las materias primas que ofrecen otros territorios y de los productos de sistemas de producción como el esclavista y el feudal que coexisten en diferentes rincones del globo; el tercer elemento, capital variable, solo puede soportarse en la fuerza de trabajo viva de razas diferentes a la blancas y europeas. Presentamos así, algunos apartes que escogimos de este capítulo, que se constituye en una lectura obligatoria para el pensamiento crítico del sur global y sus procesos emancipatorios.

LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL

Por Rosa Luxemburg.

CAPÍTULO XXVI

LA REPRODUCCIÓN DEL CAPITAL Y SU MEDIO AMBIENTE

Por consiguiente, el esquema marxista de la reproducción ampliada no logra explicarnos el proceso de la acumulación tal como se produce en la realidad histórica. ¿A qué se debe esto? Simplemente a los supuestos del mismo esquema. Este esquema pretende exponer el proceso de acumulación, bajo el supuesto de

que capitalistas y obreros son los únicos consumidores. Hemos visto que Marx sitúa consecuentemente y conscientemente, en los tres tomos de El Capital, como supuesto teórico de su análisis, el dominio general y exclusivo de la producción capitalista. Bajo estas condiciones no hay, en efecto, lo mismo que en el esquema, más clases sociales que capitalistas y trabajadores; todas las «terceras personas» de la sociedad capitalista: empleados, profesiones liberales, sacerdotes, etc., deben incluirse, como consumidores, en aquellas dos clases, y, preferentemente, en la capitalista. Pero este supuesto es un recurso teórico; en realidad no ha habido ni hay una sociedad capitalista que se baste a sí misma, en la que domine exclusivamente la producción capitalista. Sólo que es perfectamente legítimo, como recurso teórico, cuando no altera las condiciones del problema mismo, sino que ayuda a exponerlo en su pureza.

(...)

El problema estriba en lo siguiente: ¿cómo se conforma la reproducción social, teniendo por condición que una parte creciente de la plusvalía no se consuma por los capitalistas, sino que se destine a la ampliación de la producción? Se excluye, de antemano, que la producción social, salvo el reemplazo del capital constante, vaya a parar al consumo de los trabajadores y capitalistas, y esta circunstancia es el elemento esencial del problema. Pero con esto se excluye también que los trabajadores y capitalistas mismos puedan realizar el producto total. No pueden realizar más que el capital variable, la parte gastada del capital constante y la parte consumida de la plusvalía. Pero, de este modo, sólo se pueden asegurar las condiciones necesarias para que la producción sea renovada conforme a la antigua escala. Por el contrario, la parte de la plusvalía destinada a capitalizarse no puede ser realizada por los obreros y capitalistas mismos. Por consiguiente, la realización de la plusvalía para fines de acumulación es un problema insoluble en una sociedad que sólo conste de obreros y capitalistas.

(...)

Pero el análisis que Marx hace de la reproducción simple, así como la caracterización del proceso total capitalista, con sus contradicciones internas y su desarrollo (en el tomo tercero de El Capital), contienen, implícitamente, una solución del problema de la acumulación, de acuerdo con las demás partes de la doctrina marxista y, asimismo, con la experiencia histórica y la práctica diaria del capitalismo. Ofrecen también, de este modo, la posibilidad de completar las deficiencias del esquema. El esquema de la reproducción ampliada, considerado de cerca, hace referencia, en sus relaciones, a circunstancias que se encuentran fuera de la producción y acumulación capitalistas.

Hasta ahora, sólo hemos considerado la reproducción ampliada en un aspecto: partiendo de la cuestión de cómo se realiza la plusvalía. Ésta era la dificultad que ocupaba exclusivamente a los escépticos. La realización de la plusvalía es, en efecto, la cuestión vital de la acumulación capitalista. Si, para simplificar, prescindimos totalmente del fondo de consumo de los capitalistas, la realización de la plusvalía requiere, como primera condición, un círculo de adquirentes que estén fuera de la sociedad capitalista. Decimos de adquirentes, y no de consumidores, pues la realización de la plusvalía nada dice previamente de la forma material de ésta. Lo decisivo es que la plusvalía no puede ser realizada por obreros ni capitalistas, sino por capas sociales o sociedades que no producen en forma capitalista. Cabe pensar dos casos distintos. La producción capitalista suministra medios de consumo que exceden a las necesidades propias (de los trabajadores y capitalistas) y cuyos compradores son capas sociales y países no capitalistas: (...) En este caso, la sección II (medios de consumo) realizaba, en cantidad creciente,

sus productos en capas sociales no capitalistas, creando, por la propia acumulación, una demanda creciente de productos nacionales de la sección I (medios de producción), ayudándole, así, a realizar su plusvalía y a lograr una acumulación creciente.

Veamos, ahora, el caso inverso. La producción capitalista suministra medios de producción que exceden a las propias necesidades y encuentra compradores en países no capitalistas.

(...)

Ambos casos se diferencian del esquema de Marx. En uno de ellos, el producto de la sección II, medido por el capital variable y la parte consumida de la plusvalía en ambas, excede a las necesidades de las dos secciones; y en el segundo caso, el producto de la sección I, excede a la magnitud del capital constante de ambas secciones, incluso teniendo en cuenta su aumento para fines de ampliación de la producción. En ambos casos, la plusvalía no viene al mundo en la forma natural que haría posible y condicionaría su capitalización dentro de una de las dos secciones. En realidad, los dos casos típicos se cruzan a cada paso, se complementan y evidentemente influye uno sobre otro.

(...)

. Supongamos que la plusvalía se realiza fuera de la producción capitalista; ello significa que su forma material nada tiene que ver con las necesidades de la producción capitalista misma. Su forma material corresponde a las necesidades de aquellos círculos no capitalistas que la ayudan a realizarse.

(...)

Pero la realización de la plusvalía no es el único momento de la reproducción que interesa. Supongamos que la sección I ha colocado la plusvalía fuera de las dos secciones y puede poner en movimiento la acumulación. Supongamos, también, que tiene probabilidades de ampliar el mercado en aquellos círculos. Con esto, sólo tenemos la mitad de las condiciones necesarias para la acumulación. Entre el labio y el borde de la copa pueden pasar muchas cosas. Como segundo supuesto de la acumulación aparece la necesidad

El capital no puede desarrollarse sin los medios de producción y fuerzas de trabajo del planeta entero. Para desplegar, sin obstáculos, el movimiento de acumulación, necesita los tesoros naturales y las fuerzas de trabajo de toda la Tierra

de hallar elementos materiales correspondientes a la ampliación de la producción. ¿De dónde los sacamos, ya que acabamos de colocar la plusvalía, justamente en forma de productos de la sección I, es decir, de medios de producción transformándolos en dinero, y ello fuera de la producción capitalista? La transacción que nos ha ayudado a realizar la plusvalía, nos ha escamoteado, por decirlo así, por la otra puerta, los elementos para la transformación de esta plusvalía realizada en la forma de capital productivo. Y de este modo parece que hemos salido de una dificultad para entrar en otra.

(...)

«Resultado de todo esto es que, al anexionarse los dos factores primigenios de la riqueza, la fuerza de trabajo y la tierra, el capital adquiere una fuerza expansiva que le permite extender los elementos de su acumulación más allá de los límites trazados aparentemente por su propia magnitud, trazados por el valor y la masa de los medios de producción ya producidos, en que toma cuerpo el capital.» (Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, páginas 508 y 509.)

Por otra parte, no hay ninguna razón por virtud de la cual todos los medios de producción y consumo necesarios hayan de ser elaborados exclusivamente en producción capitalista. Precisamente, este supuesto es básico para el esquema marxista de la acumulación, pero no corresponde a la práctica diaria, ni a la historia del capital, ni al carácter específico de esta forma de producción.

(...)

Por lo demás, el mismo carácter de la producción capitalista excluye la limitación a los medios de producción elaborados en forma capitalista. Un medio esencial,

empleado por el capital individual para aumentar sus beneficios, es la aspiración al abaratamiento de los elementos del capital constante. Por otra parte, el incremento de la productividad del trabajo, que es el método más importante para acrecentar el beneficio, encierra la utilización ilimitada de todas las materias y condiciones que la tierra pone a nuestra disposición, y está ligado a ella. El capital no consiente, por su esencia y su manera de existir, ninguna limitación en este sentido. La producción capitalista, como tal, al cabo de varios siglos de desarrollo, sólo abarca una parte de la producción total de la Tierra; su asiento es, hasta ahora, preferentemente, la pequeña Europa, en la que no ha podido dominar aún esferas completas, como la agricultura campesina, el artesanado independiente. Grandes regiones de Norteamérica y del resto del mundo están también todavía intocadas.

En general; la forma de producción capitalista se halla limitada, hasta ahora, principalmente a los países de la zona templada, y no ha hecho, por ejemplo, en Oriente y en el Sur, sino progresos relativamente escasos. Por consiguiente, si hubiera tenido que atenerse, exclusivamente, a los elementos de producción suministrados dentro de estos estrechos límites, le hubiera sido imposible llegar a su nivel actual, e incluso no hubiera sido factible su desarrollo. La producción capitalista ha estado calculada, en cuanto a sus formas de movimiento y leyes, desde el principio, sobre la base de la Tierra entera como almacén de fuerzas productivas. En su impulso hacia la apropiación de fuerzas productivas para fines de explotación, el capital recorre el mundo entero; saca medios de producción de todos los rincones de la Tierra; cogiéndolos o adquiriéndolos de todos los grados de cultura y formas sociales. La cuestión acerca de los elementos materiales de la acumulación del capital, lejos de hallarse resuelta por la forma material de la plusvalía, producida en forma capitalista, se transforma en otra cuestión: para utilizar productivamente la plusvalía realizada, es menester que el capital progresivo disponga cada vez en mayor grado de la Tierra entera para poder hacer una selección cuantitativa y cualitativamente ilimitada de sus medios de producción.

La apropiación súbita de nuevos territorios de materias primas en cantidad ilimitada, para hacer frente, así, a todas las alternativas e interrupciones eventuales de su importación de antiguas fuentes, como a todos los aumentos súbitos de la demanda social, es una de las condiciones previas, imprescindibles, del proceso de acumulación en su elasticidad. (...)

Las bases económicas de esta producción de materias primas son los sistemas primitivos de explotación practicados por el capital europeo, lo mismo en las colonias africanas que en América, países que representan diversas combinaciones de esclavitud y servidumbre de la gleba.

(...)

Así, pues, entre cada uno de los períodos de producción en que se produce plusvalía, y la acumulación siguiente en que ésta se capitaliza, hay dos transacciones distintas: la de la formación de la plusvalía en su pura forma de valor (la realización), y la transformación de esta forma pura de valor en forma de capital productivo. Ambas transacciones se verifican entre la producción capitalista y el mundo no capitalista que la circunda. Así, pues, desde ambos puntos de vista, el de la realización de la plusvalía y el de la adquisición de los elementos del capital constante, el comercio mundial es una condición histórica de vida del capitalismo; comercio mundial que, en las circunstancias concretas, es, esencialmente, un trueque entre las formas de producción capitalistas y las no capitalistas.

Hasta ahora, sólo hemos considerado la acumulación desde el punto de vista de la plusvalía y del capital constante. El tercer factor fundamental de la acumulación es el capital variable. La acumulación progresiva va acompañada de un capital variable creciente. En el esquema de Marx aparece

en el producto social como forma material correspondiente a una masa creciente de medios de subsistencia para los trabajadores. Pero el verdadero capital variable, no son los medios de subsistencia de los trabajadores, sino la fuerza de trabajo viva para cuya reproducción son necesarios aquellos medios. Por consiguiente, entre las condiciones fundamentales de la acumulación, figura un incremento de trabajo vivo adecuado a sus necesidades, y que es puesto en movimiento por el capital. El incremento de esta cantidad se consigue en parte en cuanto las circunstancias lo permiten (prolongando la jornada de trabajo e intensificando el trabajo). Pero este aumento del trabajo vivo no se manifiesta en ninguno de los dos casos, o sólo lo hace en escasa medida (como salario por horas extraordinarias) en el crecimiento del capital variable. Aparte de esto, ambos métodos encuentran límites determinados bastante estrechos; obstáculos, en parte naturales, en parte sociales, que no pueden vencer. Por consiguiente, el crecimiento progresivo del capital variable, que acompaña a la acumulación, ha de expresarse en un aumento del número de obreros ocupados. ¿Pero de dónde vienen estos obreros adicionales?

(...)

Con estas suposiciones, la procreación natural de la clase obrera es la única fuente del aumento de las fuerzas de trabajo existente a disposición del capital. Pero esta concepción contradice las leyes porque se rige el movimiento de la acumulación. La procreación natural de los trabajadores no se halla, temporal ni cuantitativamente, en proporción a las necesidades del capital acumulado. (...) El ejército industrial de reserva no puede formarse por la procreación natural del proletariado asalariado capitalista. Tiene que contar con otras zonas sociales de los que saque obreros, obreros que hasta entonces no estaban a las órdenes del capital y que, sólo cuando es necesario, se adicionan al proletariado asalariado. Estos obreros adicionales sólo pueden venir, permanentemente, de capas y países no capitalistas.

(...)

De la misma manera que la producción capitalista no puede limitarse a los tesoros naturales y fuerzas productivas de la zona templada, sino que requiere, para su desarrollo, la posibilidad de disponer de todas las comarcas y climas, tampoco puede funcionar solamente con los obreros que le ofrece la raza blanca.

El capital necesita, para aprovechar comarcas en las que la raza blanca no puede trabajar, otras razas; necesita poder disponer, ilimitadamente, de todos los obreros de la Tierra, para movilizar, con ellos, todas las fuerzas productivas del planeta, dentro de los límites de la producción de plusvalía, en cuanto esto sea posible. Pero estos obreros suelen encontrarse casi siempre encadenados a formas de producción precapitalista. Deben ser, pues, previamente «libertados», para enrolarse en el ejército activo del capital. (...) Es el caso de arrancar a los obreros de sus condiciones de producción y de su medio, para ponerlos a las órdenes del capital. De estos esfuerzos resultan, en los países coloniales, las más extrañas formas mixtas entre el sistema moderno del salario y los regímenes primitivos. Estos hechos ilustran claramente la afirmación de que la producción capitalista no puede desenvolverse sin obreros procedentes de otras formaciones sociales.

(...)

El capital no puede desarrollarse sin los medios de producción y fuerzas de trabajo del planeta entero. Para desplegar, sin obstáculos, el movimiento de acumulación, necesita los tesoros naturales y las fuerzas de trabajo de toda la Tierra. Pero como éstas se encuentran, de hecho, en su gran mayoría, encadenadas a formas de producción precapitalistas (éste es el medio histórico de la acumulación de capital) surge de aquí el impulso irresistible del capital a apoderarse de aquellos territorios y sociedades. En sí misma, la producción capitalista existiría, por ejemplo, en las plantaciones de caucho de la India. Pero el hecho de que dominen organizaciones sociales no capitalistas en los países de aquellas ramas de producción, hace que el capital se vea impulsado a someter aquellos países y sociedades, en los cuales, por otra parte, lo primitivo de las condiciones permite que la acumulación se desarrolle con una violencia y rapidez extraordinarias, que no serían concebibles en sociedades de tipo capitalista.

Otra cosa ocurre con la realización de la plusvalía. Ésta está ligada, de antemano, a productores y consumidores no capitalistas como tales. Por tanto, la existencia de adquirentes no capitalistas de la plusvalía es una condición de vida directa para el capital y su acumulación. En tal sentido, tales adquirentes son el elemento decisivo en el problema de la acumulación del capital. Pero de un modo o de otro, de hecho, la acumulación del capital como proceso histórico, depende, en muchos aspectos, de capas y formas sociales no capitalistas.

Así, pues, la solución del problema en torno al cual gira la controversia en la economía política desde hace casi más de un siglo, se halla entre los dos extremos: entre el escepticismo pequeñoburgués de Sismondi, Von Kirchmann, Woronzof, Nikolai-on, que consideraban imposible la acumulación, y el simple optimismo de Ricardo-Say-Tugan Baranowski, para los cuales el capitalismo puede fecundarse a sí mismo ilimitadamente, y (en consecuencia lógica) tiene una duración eterna. En el sentido de la doctrina marxista, la solución se halla en esta contradicción dialéctica: la acumulación capitalista necesita, para su desarrollo, un medio ambiente de formaciones sociales no capitalistas; va avanzando en constante cambio de materias con ellas, y sólo puede subsistir mientras dispone de este medio ambiente.

(...)

De aquí un hecho contradictorio: los antiguos países capitalistas constituyen mercados cada vez mayores entre sí, y son cada vez más indispensables unos para otros, mientras al mismo tiempo combaten cada vez más celosamente, como competidores, en sus relaciones con países no capitalistas. Las condiciones de la capitalización de la plusvalía y las condiciones de la renovación total del capital, se hallan cada vez más en contradicción entre ellas, lo cual no es, después de todo, más que un reflejo de la ley contradictoria de la tasa decreciente de beneficio.

FUNDACIÓN



WALTER BENJAMIN



**GRUPO DE ESTUDIOS DE
FILOSOFIA POLITICA
ESPECTROS**